BOLSILIBROS BRUGUERA

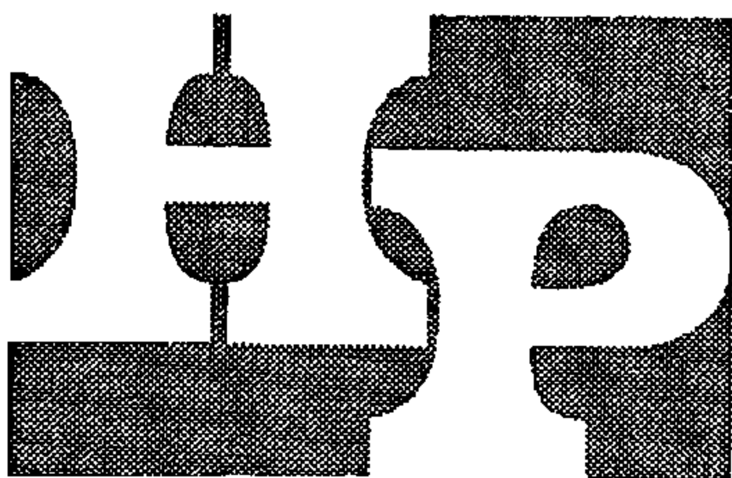
OESTE

SERIE HEROES DE LA PRADERA

Keith Luger

ESTA SOGA NO ES PARA MI







Héroes de la PRADERA



Keith Luger

ESTA SOGA NO ES PARA MÍ

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 226
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 5848-1974

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: abril, 1974

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

El *sheriff* Gorik emitió un gruñido de satisfacción, a medida que revelaba la fotografía en la cubeta porque había realizado una buena toma a juzgar por la calidad de la imagen.

Tomó la fotografía con unas pinzas y la llevó hacia la ventana. Abrió la persiana y la luz entró a raudales en la oficina.

Sí. Era un buen trabajo y justificaba una ampliación. Ahora la colocó en un colgador para que se secara y se retiró un par de pasos para contemplar su obra. Vaya, era una buena fotografía. Sí, señor.

—No sabía que usted era aficionado a la fotografía, *sheriff* —dijo una voz masculina a su derecha.

El *sheriff* Gorik ya había dado media vuelta dando un respingo.

—Santo Dios, qué susto me ha pegado.

—Lo siento, *sheriff* —dijo el desconocido.

—¿Quién es usted?

—Míreme bien.

—Ya me fijo, pero no consigo recordarle.

Los ojos del *sheriff* contemplaban al desconocido. Se trataba de un hombre que frisaría en los treinta, de fuerte complexión física, rasgos faciales correctos y ojos intensamente negros. Tenía los dientes muy blancos que contrastaban con su piel tostada por el sol.

—¿Supone quién soy yo, *sheriff*?

—No, amigo.

—Mi nombre es Dean Lark.

—¿Lark? ¿Dean Lark?

—Sí, *sheriff*.

—Pues me he quedado igual, Lark.

El joven moreno sonrió más ampliamente.

—Soy su ayudante.

Los ojos del *sheriff* se achicaron.

—¿Cómo?

—Dije que soy su ayudante. Su nuevo ayudante.

—Demonios, no entiendo nada. Mi ayudante es Pete Murray. Y no he pensado en cambiarlo porque hace muy bien su trabajo.

Dean Lark se aproximó sonriente.

—Pete no podrá trabajar por ahora, *sheriff*.

—¿Por qué?

—Ha quedado hospitalizado en Dallas. Ya sabe, por el asunto de la cabeza.

Gorik cerró los ojos, y los volvió a abrir.

—Eh, si Pete sólo fue a que le revisaran aquella vieja herida de bala. Si tenía que regresar…

—Sí, *sheriff*. Pero los doctores opinaron que tenía que ser intervenido inmediatamente.

—¿Algún ataque inesperado de apéndice, Lark?

—No, *sheriff* —sacudió Lark la cabeza, siempre sonriendo—. Tuvo que ser hospitalizado a causa de la herida precisamente.

—No me diga, no me diga…

—Se lo estoy diciendo, *sheriff*. El doctor Parkinson le echó un vistazo a la antigua cicatriz que molestaba a Pete desde hacía tiempo. Y después de una concienzuda observación dedujo que la rozadura de bala de rifle era algo más serio.

El *sheriff* se echó a reír, aunque un poco nerviosamente.

—Calle, hombre. Si yo mismo curé a Pete de esa herida hace dos años. Lo hice primero con una telaraña mezclada con aceite de lagarto para cortar la sangre. Y cuando ya le tuve aquí en la oficina le eché alcohol de noventa, le pegué dos puntos con aguja e hilo y media hora después el muchacho ya estaba despachando un conejo con tomate y una botella de vino de Vera Cruz, como si nada.

—Pete dijo algo de eso en el hospital.

—Además, mi ayudante ha pasado estos dos años sin acordarse del balazo sesgado. Últimamente, este invierno, empezó a picarle y dijo que notaba cosas raras. Pero yo siempre le he dicho que eso se debe al cambio de tiempo.

—Hay algo más, *sheriff*.

La autoridad entrecerró un ojo.

—¿Algo más?

—El dolor de cabeza que sentía Pete y que fue la causa de que el doctor Mulligan lo enviara al hospital de Dallas.

—Se le pasaba siempre que tomaba una infusión de «las tres simientes de San Nicolás». No hay nada como eso para los dolores de cabeza.

—Además sufre de diplopía.

Dean Lark se pasó el dedo por debajo de la nariz para no soltar una carcajada.

—«Diplopía» es un término médico que quiere decir «ver doble».

—¿Le olieron el aliento a Pete en la revisión médica, Lark?

Dean no pudo por menos que reír abiertamente esta vez.

—El muchacho no estaba bebido, *sheriff*. Es a causa de su vieja herida. Al parecer, los doctores del hospital de Dallas opinan que la bala rozó el hueso y desplazó por dentro una esquirla. Conque la solución es extraer esa esquirla y todo volverá a la normalidad.

—¿Que le van a abrir la cabeza a Pete?

—Eso es probable, *sheriff*.

—Condenado me vea. ¡Se lo van a cargar!

—No, *sheriff*. El doctor dice…

—«El doctor dice, el doctor dice» —gangueó enfurruñado Gorik, remedando las palabras del joven Lark—. ¿Qué sabe usted que no diga ese matasanos del Hospital de Dallas?

Dean suspiró.

—Lo único que sé cierto es que Pete regresará nuevo dentro de quince días como máximo. Ya está todo en marcha y es probable que a estas horas lo hayan operado.

—Maldita sea. ¡Y yo en la higuera!

—Me envían del Departamento de Justicia para que ocupe provisionalmente el puesto de Pete.

—Muy bonito. Ustedes los del Departamento de Justicia se creen que por estar en la capital todo lo pueden hacer a la brava. Me quejaré. Vaya si me quejaré, infiernos.

—Yo le recomiendo que se calme, *sheriff*.

—Y un cuerno. ¿Le parece bien que hayan metido mano a Pete sin comunicármelo previamente? Tengo cuarenta y ocho años. Pero para mí es como si se tratara de un hijo.

—Lo comprendo.

El *sheriff* rezongó por lo bajo.

Se inclinó para lanzar un salivazo en la escupidera.

—¿Trae credenciales?

—Desde luego, *sheriff*. Aquí tiene los papeles.

El *sheriff* Gorik lanzó una mirada malhumorada a la documentación de Dean Lark.

—Muy bien. Ya puede guardarla. ¿Y dice que dentro de un par de semanas ya tendré a Pete otra vez aquí?

—Pero tendrá que darle unas vacaciones de quince días por aquello de la convalecencia.

—Maldita sea. Algo me decía que la cosa no iba a ser tan fácil como la había pintado.

Dean sonrió.

—Haré lo posible para que usted no eche de menos a Pete en todo este tiempo.

—Ojalá.

—Procuraré sustituirlo debidamente.

—¿Qué tal anda usted de puños?

—¿De puños?

—Eso dije.

—¿Es que quiere que me presente en algún concurso de boxeo?

—No se haga el gracioso, Lark.

—Bueno, pues explíquese, jefe.

El *sheriff* golpeó la mesa con un dedo al compás de cada palabra.

—En Stanley City hay que sacudir algún mazazo que otro.

—Eh, las nuevas normas prohíben golpear a los detenidos.

—No me venga con chascarrillos, Lark. Me refiero al momento de detener a la gente.

—¿A quién hay que arrestar a mazazo limpio, jefe?

El *sheriff* Gorik resolló irritado.

—Arrestar. ¡Puaj! Ya se le nota a usted que viene de la gran ciudad. Por supuesto allí no habrá que contener a una turba de mineros, vaqueros y peones borrachos los fines de semana. Pero eso hay que hacerlo aquí. Hay que meterse en el *saloon* Rosita cuando hay demasiado jaleo y rugirle a la gente que si no se callan uno empezará a cascar cabezas como si fueran huevos. Así de recio hay que hablar en un pueblo semi-fronterizo como Stanley City, ¿comprende. Lark? Demonios, algo me dice que usted va a resultarme un petardo para el puesto.

—Procuraré que se equivoque, jefe.

—Muy bien. Ya lo demostrará el sábado. Tendrá que… arrestar a más de un beodo que quiera llevarse al granero público a la primera muchacha que encuentre. Y tendrá que hacerlo a golpes. ¿Comprende? Y es posible que se las haya de ver con más de uno a la vez.

—Sé un poco de lucha japonesa —tosió secamente Lark, con una mano ante la boca.

Los ojos del *sheriff* rodaron vertiginosamente.

—¿Lucha jap…? Aquí no hay japoneses. Sólo un par de chinos en la lavandería de Irne. Pero son dos cocinillas de hombre. Conque deje la cultura oriental.

Lark respiró con fuerza.

—Bueno, creo que usted y yo nos entenderemos mejor sobre la práctica, *sheriff*.

—Dios te oiga, muchacho —sacudió amargamente la cabeza el *sheriff* Gorik—. De momento, agarre aquella escoba del rincón y entreténgase en barrer la oficina.

Lark pestañeó.

—No entendí bien, *sheriff*.

—He dicho que asee un poco todo esto. Ya hace varios días que no se ha limpiado debido a la enfermedad de Pete.

—¿Y he de barrer yo, jefe?

—Naturalmente.

Dean ladeó la cabeza.

—Me temo que eso no va a ser posible.

—Cómo que no…

—No he barrido en mi vida.

—Pues ya sabe que la obligación de un ayudante es tener la oficina como una tacita de plata.

—Tendrá que alquilar una mujer, por horas para que limpie.

—¿Cómo?

—Lo que le he dicho, *sheriff*.

Gorik se puso en pie.

—Maldita sea… ¿Trata de tomarme el pelo, ayudante?

—No, jefe. Lo que ocurre es que yo no barro.

Gorik se inclinó hacia delante y su cara quedó a pocas pulgadas de la de Lark.

Los dos hombres se estuvieron mirando unos segundos retadoramente.

Dean pedía interiormente que el *sheriff* no tuviera la peregrina ocurrencia de obligarle a tomar la escoba porque entonces tendría que estrellársela irremisiblemente en la cabeza y ya se había armado.

Gorik rechinó los dientes asemejándose a un perro de presa.

Por fin dijo en tono sibilante:

—Me parece que usted no va a durar un mes en esta oficina, Lark.

—También empiezo a tener yo esas dudas.

—Aquí hay que trabajar, Lark.

—Nadie se niega.

—Pero no vaya a esperar el trabajo burocrático de todos los sabuesos de la ciudad.

—Ni tampoco pienso encalar la fachada, lavar la ropa o vaciar la escupidera, *sheriff*.

El *sheriff* Gorik se apartó de la mesa y consultó el reloj de pared.

—Volveré más tarde, Lark. ¿Ve ese trapo?

Lark desvió los ojos hacia una bayeta.

—Sí, *sheriff*.

—Pues le ordeno que limpie todos los rifles del armero. Tome el trapo.

Lark alargó la mano.

Tomó el trapo formado de hilachas de algodón y se preguntó qué tal cara pondría el *sheriff* si de repente le obligara a abrir la boca y metérselo en el hueco hecho una bola.

Finalmente decidió encaminarse hacia el armero.

Gorik sonrió por primera vez y fue una risa bastante desagradable porque no estaba acostumbrado.

Abrió la puerta y salió a la calle.

Lark atrapó el primer rifle del armero y comenzó a desmontar la recámara, luego la culata y, finalmente, la caja de gatillos.

Pasado un buen rato. Dean tiró el trapo.

Se encaminó hacia el anaquel donde el *sheriff* tenía los frascos para fotografía y localizó la esencia de petróleo por el rótulo. Se lavó las manos con ella y se las dejó secar al aire.

Lanzó una ojeada a las fotografías que colgaban del secadero.

Y sus ojos se detuvieron especialmente en la imagen de una mujer.

La que se veía en la fotografía frisaría los veintitrés años, era morena de rostro, ovaladamente perfecto; ojos grandes y sonrisa de dientes muy blancos. Como el retrato era de medio cuerpo sólo dejaba ver el cincuenta por ciento, que era de la mejor calidad, pues allí quedaba patente un busto erguido, prominente y casi al pie de la fotografía todo aquello se angostaba para formar una cintura de avispa. ¡Vaya que el *sheriff* era un buen fotógrafo!

Seguramente había tomado el modelo de alguna reina de rodeo. O tal vez de una actriz de teatro. La muchacha no podía ser vecina de Stanley City porque en ella se veía clase, belleza y todo aquello tan extraordinario.

—¿Quedó bien la fotografía, ayudante? —inquirió en aquel momento una voz femenina.

Dean volvióse un tanto sobresaltado y la vio.

Era la misma mujer de la fotografía.

Pero vista en carne y hueso dejaba en ridículo la fotografía del *sheriff*, con ser tan buena. Además, se podía ver de cuerpo entero.

Se trataba de una de esas mujeres a las que Dean suponía alguna magia especial para adelgazar de cintura hasta lo increíble y dejar bien patente lo demás.

La bella tenía los ojos más grandes que en la «foto», orlados de sedosas pestañas con reflejos azulados. Ahora vestía un modelito que tenía un escote capaz de detener en seco un ataque de hipo. Y además modelaba sus curvas en modo impresionante.

Distendió los rojos labios en una sonrisa y dijo:

—Pregunté si quedó bien la fotografía, ayudante.

Dean volvió en sí dando un suspiro.

—Preciosa —dijo—. Es un petardo.

—¿Cómo?

Dean tosió con presteza.

—Oh, quería decir que el original le da ciento y raya.

—Es usted muy galante, señor Lark.

—Vaya, veo que ya sabe cómo me llamo.

—Me lo dijo el *sheriff*. Y también me dijo que usted medaría la fotografía para ver cómo ha quedado. Gorik está ahora muy ocupado con mi esposo.

Dean pegó un salto involuntario.

—¿Cómo dijo?

—Dije que el *sheriff* está hablando de asuntos importantes con mi esposo. —Ella sonrió como los ángeles y agregó—: Oh, no había caído en que usted es nuevo en la ciudad.

Dean tenía la lengua pegada al paladar y no pudo decir nada.

Entonces, la hermosa mujer añadió:

—Mi esposo es el alcalde Lemon. Precisamente aquel hombre que está hablando con el *sheriff* allí enfrente. ¿Lo ve?

Dean desvió la mirada hacia la calle, a través de la ventana.

Y el corazón se le detuvo.

El hombre que estaba hablando con Gorik era un tipo obeso, de doble papada, cercano a los sesenta años.

Reía de lo que decía el *sheriff*. Y ello hacía que su voluminoso abdomen se sacudiera convulsivamente. Enseñaba unas fauces llenas de dientes de oro.

También se hurgó la oreja con el pulgar.

CAPÍTULO II

Dean volvióse poco a poco, sonriendo de un modo que parecía tener medio limón en la boca.

—Su esposo parece un hombre simpático —dijo, sintiendo un raro nudo en las tripas.

—Oh, sí lo es. Además, Burton también es muy bueno.

—Ya.

—Y además, es el hombre más importante de Stanley City.

—Claro, es el alcalde.

La señora Lemon acudió al lado de Dean y pestañeó sonriente contemplando a su marido.

—También es el hombre más ocupado de todo Stanley City y sus alrededores.

—Ocupado, ¿eh?

—Quiero decir que a pesar de que Burton posee las mejores propiedades del condado, no por eso hace una vida ociosa. Es lo que les ocurre a otros alcaldes. En cambio, Burton trabaja día y noche para que Stanley City sea algo grande en la geografía del país.

Dean notó la proximidad de la hermosa mujer, lo cual le produjo una especie de nudo en la garganta. La miró, tragó saliva y dijo:

—También yo soy aficionado a la geografía.

—¿De veras?

—A la geografía física —farfulló Dean, porque aquella mujer lo estaba sacando de sus bisagras—. Por ejemplo, valles, montañas, colinas…

Ella cerró los ojos y suspiró profundamente.

—Yo nací en la montaña.

Dean no decía nada, perplejo de que aquel escote resistiera a

pesar del hondo suspiro.

La voz de la joven siguió sonando como terciopelo.

—En la montaña es donde se cría la gente más sana.

—Ya, ya…

—Todavía recuerdo el sol poniente delante de mi casa, dorando las crestas de las colinas que emergían hacia el cielo. Enormes montes…

—Montes más altos he visto caer.

La joven abrió los ojos.

—¿Cómo?

Dean tosió.

—Me refería a los cataclismos geológicos.

—Usted sabe mucho, ayudante —sonrió la señora Lemon.

—Qué más quisiera yo.

—Además no habla como los zafios ayudantes que Gorik ha tenido hasta ahora.

—El jefe le habrá dicho que vengo de la gran ciudad.

—Sí. Lo ha mencionado. Y ésa debe ser la explicación de que usted se vea distinto a los demás.

—También estuve en Columbia.

—¡Universitario!

Dean carraspeó.

—Bueno, hoy se procura encontrar a las autoridades en las fuentes del saber, en vez de buscarlos en las canteras de granito como se hacía en otros tiempos.

Ella le dedicó una sonrisa celestial.

—Además, tiene un estupendo sentido del humor.

—Mi tío decía que yo lo tenía todo, excepto una maquinita para fabricar billetes de a cinco dólares.

—El dinero no lo es todo, Dean —suspiró la joven.

Éste la miró con fijeza.

—Hay cosas mejores.

—¿Qué cosas, Dean?

—Los tópicos. Ya sabe. La justicia, la caridad, la honradez. Pero también algo mejor que eso.

—¿Sí?

—El amor.

Dean y ella se miraron en silencio.

Yen eso entró el *sheriff* soltando risotadas.

—¿Le gustó, señora Lemon?

—¿El qué, *sheriff*?

Gorik torció las facciones.

—¿Cómo «el qué»? ¿Es que no ha visto la fotografía?

—No tuve tiempo.

—¿Eh?

La joven sonrió.

—Estuve de cháchara con su nuevo ayudante.

El *sheriff* hizo una mueca, mirando de soslayo a Dean.

—Ah, ya. Seguro que le estaba contando grandezas de Dallas. Como si aquí en Stanley City no hubiera cosas mejores. Estos pájaros con placa que vienen de la gran ciudad se creen denigrados cuando tienen que prestar sus servicios en un pueblo como el nuestro. Y quiero señalar que no tenemos que envidiar nada a las grandes ciudades, ¿verdad, señora Lemon?

—Proporcionalmente, no.

Gorik hizo un gesto hacia Dean.

—Eh, alargue esa fotografía para que la vea la señora Lemon.

Sin saber por qué, Dean sentía crecientes ganas de mandar al diablo a aquel sabueso con cara de chimpancé.

Se dominó y alcanzó la fotografía del secadero.

La tendió a la joven, pero como era de esperar, el adoquín del *sheriff* interpuso su zarpa y se hizo cargo de ella para colocarla ante las naricillas de la esposa del alcalde.

—¿Qué me dice de este trabajo de profesional?

La joven abrió los ojos.

—¡Es maravilloso, *sheriff*!

Gorik sonrió con falsa modestia.

—Usted es la que ha hecho que la fotografía sea buena, señora Lemon.

Yel miserable requiebro fue premiado, a pesar de todo, con la más maravillosa de las sonrisas por parte de la joven.

—Gracias, *sheriff*.

—He puesto el corazón en este trabajo, Katty… Oh, perdón. Quería decir, señora Lemon.

—Llámeme Katty si le parece, *sheriff*. Después de todo usted me conoce desde niña.

—Ni hablar de niña, Katty. Yo llegué a la ciudad cuando usted era crecidita. No soy tan viejo. Estoy en los cuarenta y dos…

Dean sentía náuseas porque veía que el *sheriff* ponía a la chica ojos de pescado cocido. Evidentemente, el sabueso se cocía secretamente de deseo.

—¿Acabo de limpiarle la baba, jefe? —dijo Dean.

—¿Cómo?

Dean tosió.

—Oh, quería decir si acabo de limpiar los rifles del armero.

Los ojillos malignos de Gorik destellaron con fuerza.

—Tengo otro trabajo para usted.

—Mande por esa boca.

Gorik apretó los maxilares porque olía cierto sarcasmo en las palabras del ayudante.

—Le hablaré cuando termine con la señora Lemon.

—Bien, *sheriff*.

Katty sonrió mostrando sus dientes de perlas empezando por el *sheriff*, pero dedicando finalmente la sonrisa de Dean Lark.

—Ya me marcho. Debo llegar a la tienda de encajes antes de que me cierren. Supongo que nos veremos, señor Lark.

—Es posible —dijo Dean, y vio en las pupilas de Katty la profundidad de los lagos.

—Le felicito por su fotografía, *sheriff*. Ya hablaremos de la ampliación.

—¡Esta noche les visitaré para concretar los detalles! Buenos días, señora Lemon. Adiós, señora Lemon.

Gorik se quedó en la puerta un buen rato.

Tan embobado estaba con el paso de Katty al alejarse por la acera que pareció importarle un ardite que Dean fuera testigo de todo aquello.

Incluso emitió un suspiro que tenía ribetes de rebuzno.

—No está mal la chica, ¿eh, jefe?

—Está de lo más rica —se relamió el *sheriff*. Y al darse cuenta de lo que acababa de decir, pegó un brinco y añadió en un grito—: ¿Qué hace usted detrás de mí, Lark?

—Esperando sus instrucciones.

Gorik soltó un gruñido.

Se paseó pensativamente por el despacho.

—Quiero verle más ocupado con su trabajo, Lark.

—Sí, *sheriff*.

—Limítese a hacer lo que le ordeno. Ya sabe que puedo mandar un oficio a la capital en cualquier momento, presentando quejas por su comportamiento si no me satisface.

—Lo sé, *sheriff*.

Gorik lo miró, componiendo una mueca sarcástica.

—Usted es de los agentes que tiene que ir de un lado a otro cubriendo vacantes, ¿eh?

—Pues, sí.

—Por las credenciales vi que ha estado de ayudante en muchos condados.

—Sí, *sheriff*.

—Claro, y usted creerá que no le han dado la gran oportunidad. Que no tiene la suficiente influencia para ser el *sheriff* de alguna ciudad. O por lo menos ayudante permanente. Ya le veo el gesto amargado que tiene siempre en la cara.

—Lo tengo desde que una pelirroja me abandonó en el hotel y se largó con mi paga del mes.

Gorik rechinó los dientes.

—No me gustan los chistes, ¿me oye, Lark?

—Corriente.

—Y desde ahora será bueno que se dedique a lo suyo en vez de perder el tiempo en cháchara.

—¿Se refiere a la señora Lemon?

Gorik pestañeó un instante, pero finalmente se encaró con su ayudante.

—Sí, Lark. No intente hacerse el simpático en la ciudad. No le servirá de nada para ascender en el puesto. Además, sólo va a estar un mes aquí. O tal vez pocos días. Ya lo sabe.

—Sí —dijo Dean, y tenía que ordenar urgentemente a las manos que se estuvieran quietas porque ambas se habían puesto de acuerdo para saltar al cuello del *sheriff* y apretarlo sin misericordia.

Gorik se acercó al escritorio, tiró de un cajón y extrajo un papel doblado.

—Aquí tiene una orden que sirve para todos los días de la semana. Encontrará las instrucciones y el itinerario de la ciudad con sus pegas principales. Debe ir primero por la parte alta. Y si

encuentra borracho a un tal Eddie le pega un sopapo y lo lleva a la herrería. Vea si la casa de baños está abierta a su hora debida. Pregunte en la taquilla de la posta si hace falta que proteja los fondos. Vaya al Banco y preséntese al dueño de mi parte y se pone a sus órdenes. Luego irá hacia la parte baja de la ciudad y obligue a despejar de vagos las aceras. También amoneste a las mujerzuelas que fumen a las puertas y hágalas entrar. Pregunte en el Telégrafo si hay alguna novedad y su hubiera algún mensaje urgente me lo lleva al billar de Freddy, porque me hago allí la tapa de percebes y cerveza todos los días. En caso contrario, hágase cargo de la configuración de la ciudad y vuelva a la oficina. Si quiere comer, podrá hacerlo ahí enfrente que tienen un menú de medio dólar. Justo arriba hay habitaciones para dormir. Conque tome una.

Dean esperó un rato. Su rostro parecía tallado en granito.

—¿Nada más, jefe?

—Ah, sí. Cuando regrese, revise todo el archivo y me lo pone al día.

—Tal vez me aburra con tan poco trabajo, *sheriff*.

Gorik buscó la ironía en los ojos de Dean y al encontrarla rugió sacudiendo un dedo:

—¡No quiero chistes! ¿Me oye? Otro chascarrillo y lo mando de regreso a Dallas con un papelón así de grande para su Departamento de Justicia.

—Muy bien.

Gorik emitió un gruñido y añadió:

—Venga aquí. Voy a entregarle la placa de autoridad y a tomarle el juramento.

Dean se aproximó al escritorio.

El *sheriff* sacó una Biblia del cajón, se le escapó una hoja suelta, la cazó, rascó un poco de tortilla seca que había pegado encima y dijo:

—Levante la mano derecha.

Dean hizo lo que le decían.

Gorik masculló:

—Ahora repita conmigo: Yo, Dean Lark, juro defender la ley y el orden en Stanley City…

Dean escuchó mecánicamente al *sheriff* y también mecánicamente repitió sus palabras.

Pero no estaba presente en el solemne acto.

Tenía el pensamiento lejos. En la primera comisaría donde cinco años antes había comenzado así. Fue rodando de condado en condado y ahora, cinco años más tarde, su situación no había prosperado un ápice. Acabó pensando en la bella Katty. En el poder del dinero. Y en un montón de cosas más.

—Juro —dijo al final.

Pero más bien escupió la palabra entre los dientes.

CAPÍTULO III

Los días siguientes pasaron sin que ocurriera nada importante, aunque para Dean resultaban extraordinarios dado que había conseguido aguantar al *sheriff* Gorik sin aplastarle el cráneo.

En realidad, Dean seguía al pie de la letra el programa que le había impuesto el sabueso de Stanley City y ello dejaba poco tiempo para discusiones. No obstante, notaba que la tensión entre Gorik y él iba aumentando de día en día. Tal vez debería dar gracias al trabajo abrumador de las patrullas por la ciudad, la confección de partes y la puesta al día del archivo, que por lo visto no había sido tocado en años. La intensa labor hacía que Dean se hallara demasiado ocupado para que el viejo chimpancé encontrara un hueco para hincarle el diente.

En la tarde del sábado fue cuando el *sheriff* Gorik entró en la oficina mostrando una sonrisa irónica.

—Vaya, se le ve muy trabajador.

—Lo hago así de seguido, porque tengo el vicio de morderme las uñas.

—Muy muy gracioso, Lark.

—También le veo a usted muy feliz, *sheriff*.

Gorik se pasó la manaza por la chapucería carnosa que la naturaleza le había dado por cara.

—Hoy es sábado, Lark. Y parece ser que la gentuza de los ranchos ha empezado pronto la juerga.

—Ya.

—Conque lo voy a poner a prueba en el *saloon* de Merche.

Dean tiró las fichas dentro del archivador.

—Ya me pongo en marcha. Aunque sugiero que deberíamos dejar para la noche la vigilancia del orden.

—Si empieza pronto y les impone respeto, la gente no se saldrá del tiesto. Conque le conviene echar un vistazo por el *saloon* de Merche. Ya sabe. Si se ve en dificultades dispare tres veces seguidas al aire que yo acudiré a sacarlo del atolladero.

—De acuerdo, *sheriff*.

Gorik sonrió siniestramente.

—El doctor vive justo en la misma manzana del *saloon* de Merche. Le atenderá si hace falta.

—A mí no me hacen falta las grageas para la calvicie, ni las pastillas contra el reuma, jefe.

Gorik borró la sonrisa de su feo rostro y torció la boca dispuesto a lanzar un exabrupto.

Pero ya Dean iba camino del *saloon* de Merche.

Al llegar ante el establecimiento comprendió el sarcasmo del *sheriff*.

Allí se oía un jaleo de mil demonios.

Habían estallado tres peleas entre elementos de otros ranchos; el espectáculo del escenario había sido suspendido después del rapto de una *girl*, y el pianista había sido asistido por el doctor que salía en aquel momento con la manga rota.

—Albricias, ayudante. Menudo jaleo hay ahí dentro. Charlie, el del piano, está muy malo y he tenido que hacerle un lavado de estómago por «ingestión de cuerpos extraños». Le obligaron a comerse tres teclas.

—Aguarde en la consulta, doc.

—Eh, ¿viene usted solo?

—Nunca estoy solo si traigo mi pata de conejo.

—Dios le asista —gimió el doctor y escapó cuando una silla salía estruendosamente a través de la vidriera.

Dean irrumpió en el local y extrajo el «Colt» disparando al aire.

Se hizo un corto silencio.

Lark agarró una pesada mesa y la arrojó contra el único grupo que peleaba ahora.

Hubo una enorme confusión, pero los contendientes se codearon unos a otros al ver la estrella de metal del recién llegado, y se calmaron como por ensalmo.

Fue un grandullón de casi dos metros el que salió con la voz cantante.

—Eh, ayudante. Si quiere un consejo de un tipo que sabe mucho, vuélvase de espaldas, mueva los cuartos traseros y vuelva a su madriguera.

El público rió muy a gusto, tanto los de un bando como los del otro.

—¿Quién es usted? —inquirió Dean.

—Mi nombre es Luke *Machacahuesos*.

—Y parece ser el organizador de la fiesta.

—Sí, ayudante. Yo dije a los chicos del Tres R que tenían que demostrar a los de la Herradura de Oro quién es el que mandaba aquí.

—Estupendo, Luke. Dígales que aquí mando yo.

Luke respingó a coro con los demás.

—¿Usted ayudante? ¿Se ha vuelto loco?

—No, Luke.

—¿Quiere decir que desde ahora usted dirá lo que se tiene que hacer aquí?

—Sí, Luke.

—Bueno, ayudante. Suéltelo.

—Si quieren permanecer en este local, lo harán muy calladitos, atendiendo al espectáculo y respetando la instalación. Los del rancho Tres R a la derecha y los otros acá.

—Ayudante, a usted le pegó el sol en el coco. ¿Eh, chicos?

Hubo un estallido de risas.

Un vejete de rostro disipado comenzó a dar brincos de hilaridad.

Pero cuando Dean lo miró con fijeza, el viejo se quedó momificado, un pie en el aire y la mano haciendo figura.

Luke torció la cara.

—Oiga, ayudante. Me parece que se extralimita…

—Y en cuanto a usted, Luke, va a salir del local, moverá las piernas espasmódicamente y se alejará hasta que yo no lo vea ¿eh?

—Maldición. ¿Lo estoy viendo o son visiones a causa del matarratas que nos sirve Merche?

—Largo, Luke.

Se produjo un gran silencio debido a que nadie conocía a un tipo que se hubiese enfrentado al bestia de Luke. Pero muchos lo consideraron como ignorancia del ayudante y sus piraron con pena.

Luke lanzó un salivazo.

—Ayudante —dijo—. Se la ha ganado.

—¿Sí?

—Lo voy a tirar al abrevadero. Y sólo quedará en eso porque soy respetuoso con las leyes y no me gusta dañar a la autoridad. Ya sabe. Abrevadero.

—¿Cómo lo piensa hacer, Luke? ¿Mediante malas artes? ¿Magia negra? ¿Hipnotismo?

—¡Condenación! ¡Con estas manitas!

Y Luke mostró unas manazas como palmeras.

Tomó impulso hacia delante para embestir al ayudante.

Dean esperó serenamente viendo aquella mole humana que se le venía encima.

Yen la última fracción de segundo hurtó el cuerpo.

También hizo algo más. Se revolvió rápidamente y sacudió un golpe de conejo.

Ello aumentó la velocidad creciente de Luke quien fue a chocar contra la pared cercana a la puerta astillando todas las tablas en el impacto.

Cuando lo devolvió la pared, ya Dean estaba muy cerca de él y le disparó un derechazo.

Fue como si estallara un cohete en la cara de Luke.

Éste reculó, se incrustó en las tablas que había aplastado y como no pudo salir se desmayó.

Pero antes escupió dos dientes en mal estado.

Dean se limpió las manos en los pantalones y no tuvo que alzar mucho la voz porque se había producido un silencio de capilla ardiente.

—Ahora traten de portarse bien, porque si alguien me notifica que uno de ustedes hace el animal, juro que regresaré y lo convertiré en un animal invertebrado.

El público se asemejó a un museo de momias, porque durante un buen rato nadie se movió ni dijo nada.

Dean iba a salir cuando de repente se escuchó el chasquido de un puñetazo.

Por lo visto alguien había reanudado las peleas y lo iba a sentir.

Dean apretó los maxilares.

Y de repente hizo esfuerzos para no quedarse boquiabierto porque vio un enorme cuerpo humano que se abrió hueco entre el

público del fondo.

El cuerpo humano tropezó con una mesa, la convirtió en astillas, y después de un corto recorrido entró certeramente en el lavabo de hombres donde causó un estropicio mayúsculo que quedó coronado por el correr del agua.

Un vejete que estaba cerca del lavabo metió la cabeza dentro y la volvió a sacar, exclamando:

—¡Mi madre! ¡Han convertido a Leo el *Cuadrumanoen*, pasta de sopa!

Dean avanzó lleno de ira.

—¿Quién ha sido?

Por el mismo hueco que el golpeado había abierto entre el público, apareció un joven de unos veintiocho años, rubio, de buena planta y fuerte complexión física.

Sonrió a la autoridad.

—Dispense, ayudante. Pero tuve que hacerlo porque este tipo del lavabo fue el que raptó a la *girl*. A Berta. Pero ya la rescaté de sus garras… Canastos, ¿qué es lo que veo?

Den lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Jim Talbot!

El rubio se acercó en dos zancadas.

—Lo veo y no lo creo. ¡Dean Lark!

—Cuando vi encajarse a ese tipo en el lavabo debí pensar que tú no andabas lejos. Conozco esa clase de mazazos.

Jim palmeó a Dean en el hombro.

—Este encuentro se merece un doble *whisky*, ¿eh?

Dean tenía en entrecejo fruncido.

—No estoy muy feliz de verte aquí, Jim.

—Miren la bienvenida que me da el ayudante, infiernos.

—La última vez que te encontré estabas envuelto en líos y tuve que echarte una mano. Lo mismo que la vez anterior y la otra.

Jim había atrapado a un mozo por el cuello y le había obligado a servir dos *whiskys*.

—Algún día te echaré un cable a ti, ayudante. ¿O ya eres *sheriff*?

—Todavía no —gruñó Dean.

Jim rió.

—Siempre dije que eres demasiado bueno para ser *sheriff*. —¿Eh?

—La autoridad está representada por tipos con úlcera estomacal. Sólo así se puede arrancar una confesión al delincuente.

—No me gusta tu modo de hablar, Jim.

—En cambio a las pelirrojas les encanta.

—¿Qué haces en Stanley City?

—Acabo de llegar con un cargamento de vacas. Pero me marcho dentro de un par de horas.

—No sabes la alegría que me das, Jim.

Jim suspiró.

—Cría cuervos. En Dallas una pandilla trató de convertirte en ayudante disecado. Y de repente salí por el fondo de un callejón y te dejé el campo libre a balazo limpio.

—Luego mis superiores querían crucificarme, porque no hubo modo de hacerles creer que yo no había hecho aquella carnicería.

—Las autoridades siempre son desagradecidas —suspiró Jim. A continuación, palmeó el hombro de Dean—: Bueno, muchacho. Me largo.

—¿Tan pronto?

—Debo volver con Berta, la chica que rescaté de las garras de ese sujeto. Ella quiere expresarme todo su agradecimiento. Creo que quiere darme un jamón.

—Ya.

—Eh, no seas mal pensado. Se trata de un jamón que le envió su tía del pueblo y resulta que ella no puede comerlo porque lo salado le da urticaria. Por eso me lo piensa regalar a mí.

Dean se pasó la mano por el rostro.

—Hasta la vista, Jim.

Éste sonrió con unos dientes muy blancos.

—Regresaré dentro de unos días, muchacho. Estaré de paso por esta ciudad y lo celebraremos más despacio. Será cuando venda las vacas. Abur, Dean.

Dean lo vio alejarse.

Vació el vaso y en seguida se dio cuenta de que Jim no había pagado, aunque le invitó.

Conque Dean hizo una mueca, se rascó el bolsillo y tiró cincuenta centavos sobre el mostrador.

A continuación, salió a la calle, dejando el orden y la paz a sus espaldas.

De repente se detuvo con los ojos fijos en una tienda.
En el hueco acababa de aparecer Katty Lemon.
Ella lo vio a su vez y le dedicó una sonrisa radiante.
El corazón de Dean recobró el ritmo normal a duras penas.
Se debía a que Katty llevaba otro peinado que resaltaba mucho más su belleza y otro vestido de escote más amplio que la ponía de pánico.
Dean atravesó la calle moviendo las piernas mecánicamente.
Se arrancó el sombrero al llegar junto a Katty.
—Buenas tardes, señora Lemon.
—Hola Dean. ¿Quiere ayudarme?
—Ya sabía yo que no podía con tanta belleza.
—Oh —rió Katty—. Me refería al chocolate.
Dean dio un respingo.
—¿Qué chocolate?
—El que va a sacar Chang de la tienda. Ahí llega.
Dean se apartó para dejar paso a un chino que portaba unos paquetes.
El chino hizo varias reverencias y entró reculando en el almacén.
—Nadie diría que es usted tan golosa, señora Lemon. Aquí hay veinte libras de chocolate.
Katty rió con una mano sobre la boca.
—Es para los niños.
—¿Cuántos tiene?
—Catorce niñas y diecisiete niños.
—¿Eh?
Katty reía divertida.
—Se trata de los niños acogidos al Club de Damas Filantrópicas de Stanley City, tonto.
—Ah, me había dejado hecho un bloque de mármol de Carrara.
—Bueno, ¿me ayuda o no?
—¿Dónde le pongo las manos…, quiero decir, los paquetes del chocolate?
—Ahí, detrás del asiento de ese carruaje.
Dean asintió y colocó los paquetes en el portaequipajes.
Cuando se volvía, Katty bajaba a su vez del vehículo para pasar al pescante y tropezó con Dean.

Por unos segundos estuvieron juntos, sus manos se rozaron y Dean juró que la piel de Katty era seda. O mejor, terciopelo.

—Dispense, señora Lemon.

Ella le miró a los ojos de modo penetrante.

—Gracias por ayudarme.

—Todavía puedo hacer mucho por usted, señora Lemon.

—Veamos —se pellizcó ella el labio de abajo y quedó, así como para comérsela. Chascó los dedos y dijo—. Y está.

—¿Qué es lo que está?

—Va a ayudarme a llevar todo esto al almacén del club.

—Impídamelo y presento la dimisión.

—Se trata de un local pequeño que tenemos las damas. Está justo en la entrada del pueblo. Allí es donde guardamos la ropa para repartir entre los pequeños, alimentos, golosinas y también medicamentos.

—Bueno, pues considere que ya estamos allí poniendo las cosas en orden.

Dean ayudó a la hermosa dama a trepar al pescante.

Y el simple hecho fue toda una aventura para Dean porque sus manos tocaron la cintura más estrecha del mundo y además le apretó con fuerza la mano derecha para ayudarla a sentarse con lo que recibió una especie de descarga eléctrica.

Dean se detuvo un instante en la acera.

De repente había pensado quedarse allí. Dar media vuelta y trotar a paso ligero hacia la oficina. No le gustaba el modo que aquella mujer se le estaba metiendo en la sangre. Un par de días antes, la había visto salir del Banco y aunque ella sólo le sonrió desde lejos, aquella noche no pudo dormir. Ahora pensaba que iba a pasarse varias jornadas en vela. Y más de una noche iba a despertarse pegando chillidos al soñar con aquella especie de ramalazo eléctrico que parecía comunicarle la mano de Katty.

—¿Qué está haciendo ahí, ayudante?

—Acabo de recordar que tengo que rendir mi informe en la oficina.

—Mande al diablo la oficina, Dean.

Éste tragó saliva. Se dio perfecta cuenta de que ella lo llamaba de vez en cuando por su nombre. Pero lo hacía en tono menor y aterciopelaba la voz de un modo que a Dean se le erizaban los pelos

de la nuca.

—Ya está en el infierno —sonrió Dean.

Al poner un pie en el pescante, escuchó una voz bronca muy conocida.

—¿Adónde va, Lark? —preguntó el *sheriff*—. Hola, señora Lemon.

Dean se volvió poco a poco.

—Acompaño a la señora Lemon.

—¿Cómo? Usted debe acudir a su trabajo.

—Ya acabé la primera parte.

—Ya sé, ya… Oí decir que no estuvo nada mal en el *saloon* de Merche. Incrustó al grandullón Luke en la pared y dejó a la clientela como un colegio de religiosas.

—Más o menos, *sheriff*.

Katty lanzó una exclamación.

—¿Eso hizo? Oh, sabía que era un hombre duro desde el primer momento que le eché la vista encima. A propósito, *sheriff*. Le ruego que deje a Dean que me acompañe al almacén del Club. Me siento más protegida si me acompaña la autoridad, dado que estamos en el fin de semana y hay tanto animal suelto.

—Yo la acompañaré con mucho gusto —sonrió servilmente el *sheriff*, pero ni así sonrió bien. Compuso una mueca asquerosa.

—Tal vez sea un trabajo muy pesado, *sheriff*. Habrá que instalar los fardos de ropa en las estanterías altas.

—¿Qué está diciendo, señora Lemon? —Enrojeció el *sheriff*—. ¿Insinúa que estoy hecho un viejo? ¡Tengo cuarenta y dos años!

Ella suspiró pacientemente.

—Está usted hecho un mozalbete, *sheriff*. Pero me han asegurado que tiene reuma.

—¿Yo reuma? —chilló Gorik, pero se controló precipitadamente —. Bueno, algunas veces me resiento en los días húmedos, pero…

—¿Lo ve, jefe? —sonrió Dean, más bien enseñando los dientes al *sheriff*—. Aquello debe ser un lugar muy húmedo.

—Sí, muy húmedo —dijo Katty—. Le devolveré inmediatamente a su ayudante, *sheriff*. Conque no se hable más.

—Abríguese el cuello, jefe —sonrió Dean sarcástico porque sabía que pegaba donde dolía. También guiñó un ojo.

Y tiró de las riendas, ahogando con el traqueteo del vehículo los

denuestos de Gorik.

CAPÍTULO IV

Katty y Dean no hablaron durante el camino porque el almacén del club sólo estaba a cinco minutos viajando en carromato.

Al llegar al vetusto local, Katty metió la mano dentro de una maceta y sacó una llave.

Sonrió al ayudante.

—Nadie sabe que tenemos la llave aquí.

—Ya.

—Soy la encargada del almacén por decisión unánime de las damas del club.

—Entiendo. Usted debe ser la más joven y dejaron sobre sus hombros lo más pesado.

Katty abrió la puerta por donde salió un agrio olor a ropa, víveres encerrados y también olor a insecticida y raticida.

—Hago este trabajo con gusto. ¿Ve cuántas cosas tenemos aquí? Todas son para los niños pobres.

Dean iba a decirle que se cuidara de él y le diera alguna cosa porque era un nene pobre. Pero se abstuvo de chistes tratando de ser correcto con la dama.

Volvieron a rozarse en la entrada.

Katty volvióse.

—Dispense un momento, Dean. Voy a ponerme un guardapolvo para trabajar aquí. Entretanto, vaya apilando esas cajas.

—Considérelas apiladas.

Katty desapareció por un cuartito de la derecha.

Dean sintió algo indefinible al encontrarse en un lugar tan silencioso y por añadidura acompañado de la mujer más linda del mundo.

Había ya arreglado las cajas que le señaló Katty cuando ésta

apareció por el pequeño cuarto.

Lo que Dean vio estuvo a punto de hacerle volcar las cajas y caer de cabeza.

Katty se aproximaba enfundada en un guardapolvo que le quedaba más estrecho que la piel.

Sus curvas resaltaban marcando en algunos puntos el reborde de las prendas interiores y dejando bien patente que en aquel cuerpo no había nada de ortopédico, sino que todo era auténtico, de primera clase.

—Al trabajo, Dean —dijo Katty—. ¿Eh? ¿Por qué tiene la boca tan abierta?

Dean cerró las fauces de un golpe.

—Creo que noté cierta falta de oxígeno aquí dentro.

—Le advierto que es un lugar muy ventilado. Como que creo que me he puesto demasiado fresca.

—En cambio —dijo Dean—, yo estoy sudando.

—¡Qué raro! ¿A ver si tiene fiebre? —Ella le puso el dorso de la mano en la cara.

Dean rompió a sudar con más fuerza. El contacto de aquella mano lo sacaba de quicio. La apartó de su rostro tomándola entre las suyas.

Katty esbozó una sonrisa, y retiró la mano.

—Está perfectamente bien. Ha sido el esfuerzo de colocar esas cajas. Lo mejor será que siga trabajando antes de que se enfríe.

—¿Por dónde empiezo, señora Lemon?

—Empiece por llamarme Katty.

—¿Cómo?

—Me siento como una vieja cuando trabajo con alguien mayor que yo y me llama «señora Lemon». Y no le quiero decir nada cuando alguien me suelta un «señora alcaldesa».

Los dos rieron de buena gana.

—Está bien, Katty.

—Así me gusta más, Dean. Ahora corra aquella mesa donde están los medicamentos y traiga después los fardos de sobre todos.

Dean acudió a la mesa donde se apilaban botellas tarros de productos químicos y hierbas de todas clases debidamente clasificadas en frascos. También se veían cajas de vendajes, rollos de esparadrapos e incluso instrumentos de cirugía.

—Tiene un buen botiquín —dijo Dean, sopesando un frasco que contenía un líquido transparente.

—El doctor Sullivan está muy contento con nuestro arsenal médico. Naturalmente, es doctor honorario del club y presta sus servicios gratuitamente… Eh, cuidado. Eso contiene cloroformo.

—¡Oh! —dijo Dean a quien le había resbalado el frasco y no se le fue al suelo de puro milagro.

—Habría tenido gracia que hubiera roto el frasco de anestésico y nos hubieran encontrado dormidos uno al lado del otro.

—Poca gracia le habría hecho al alcalde —espetó Dean, mientras regresaba con el fardo de sobre todos.

Ella lo miró a los ojos, y tomó el paquete y los apiló.

—No tengo un esposo demasiado celoso.

—Ajá.

—Realmente, no se ocupa demasiado de mí.

—Merece la horca.

—¿Cómo?

Dean tosió muy aprisa.

—Quería decir que cualquier esposo que no se ocupe debidamente de su mujer debería ser puesto en manos de la ley. Especialmente cuando se tiene una mujer tan linda como usted, Katty.

—¿De veras le parezco linda?

—Deme un montón de biblias y se lo juraré.

—Prefiero que me acerque ese montón de mantas. Hay que trabajar, Dean.

Éste suspiró.

Durante un rato se dedicaron de lleno a la labor que se habían impuesto.

El almacén fue quedando muy ordenado. Katty trabajaba con precisión, como si aquello constituyera su juego favorito. En un par de ocasiones, ella le comunicó con su cuerpo un efluvio cálido, cada vez que le traspasaba un montón de pantalones de niño, de calcetines, de camisas.

Dean dio la vuelta en el rincón y la sorprendió ajustándose la pechera del guardapolvo que lógicamente había estallado debido a los esfuerzos. Estaba vuelta de espaldas.

—Katty.

—¿Que, Dean?

—¿De veras es feliz en este pueblo?

Ella tardó un rato en responder.

—¿Quién ha dicho que lo sea?

—Parece que esta labor sea su vocación.

—Me sirve de válvula de escape. A menudo desearía lo que tienen otras muchachas. Pero me veo en la precisión de hacer mi papel de esposa del alcalde de una ciudad que quiere ser importante. Hasta ahora lo he desempeñado bastante bien. —Se volvió y ahora sus ojos reflejaban una extraña ira, y parecían más grandes—. ¿Sé da cuenta de lo que quiero decir, Dean?

—Sí.

—A cambio de eso, soy una mujer importante en Stanley City; me envidian las muchachas de mi edad y las damas más entradas en años. Burton es rico. Muy rico. Y algún día seré la mujer más poderosa del condado. Por eso soy feliz. «Debo» ser feliz. Hoy tengo todo lo que apetezco, bien sean joyas o pieles, o cualquier capricho. Lo tengo todo.

—Menos el amor.

—Quiero a Burton, Dean.

—Oh, sí. El alcalde es un tipo simpático. Le oí contar unos chistes el otro día en el Círculo de Ganaderos y todavía me mondo. Es un buen tipo. —Dean suspiró—. Pero tiene sesenta y ocho años. Lo confesó. También empiezo yo a tomarle afecto porque me recuerda a mi padre que también contaba los mismos chascarrillos que Burton. Sí. Me recuerda a mi viejo, ¿qué se le va a hacer? También me cae bien el alcalde. ¿Como lo conoció?

—Mi padre era un ranchero de la Baja California. Era amigo de Burton. Un día éste me vio y me dio un caramelo. Sí. Parece ridículo, pero así es. Yo tenía trece años y conocí a Burton porque me dio un caramelo. Pasaron ocho años y le pidió mi mano a mi padre. Entonces se concertó la boda y vine a Stanley City. Hace dos años de eso. Mi padre murió el mismo año de mí boda. Conque acerté en aceptar a Burton. Hoy le quiero ya.

—Eres una linda embustera, Katty —dijo Dean, asiéndola por los hombros.

—No miento.

—Katty.

Dean la abrazó con fuerza.

Ella se resistió un segundo. Pero de repente le echó los brazos al cuello. Se besaron con violencia.

Dean tuvo la sensación de que viajaba sobre una nube y que Katty lo sujetaba por la nuca para que no se cayera abajo.

Pero realmente no corría peligro porque también él estaba bien sujeto a ella.

La levantó en brazos y corrió almacén adentro.

Le dio la impresión de que Katty pesaba menos que una pluma.

CAPÍTULO V

Al día siguiente, Dean entró en la oficina y encontró al *sheriff* de un humor de perros.

Gorik le enseñó los dientes prietos como los de un buldog.

—Vaya, miren al enfermito.

Dean se apretó el puente de la nariz.

—Eh, *sheriff*. Hoy soy yo quien no está para bromas.

—De modo que mandó llamar al doctor apenas regresó ayer del almacén del Club Femenino y se metió en la cama. ¿Qué le pasó? ¿Le fue mal la humedad del almacén?

—La verdad es que me resfrié allí, *sheriff*. —Dean le miró con fijeza—. Al salir del almacén comencé a toser y me subió la fiebre.

—Ya. Conque me envió el recado y se quedó en cama.

—Ya estoy mucho mejor, *sheriff*.

Gorik lo miraba de modo penetrante y Dean se preguntaba cuánto habría adivinado aquel viejo zorro. Ciertamente, al salir del almacén se había largado a su apartamento, porque lo que ocurrió le había producido una especie de incapacidad que le impedía pensar en otra cosa que no fuera la maravillosa Katty. Por eso decidió colarse en la cama. El *sheriff* le había enviado al doctor quien diagnosticó afección en las cuerdas vocales y fiebre. Realmente, Dean se recluyó en el apartamento para pensar cuál iba a ser su programa con la bella Katty. El hecho de que aquella mujer le había sorbido el seso era evidente, porque ahora veía que estaba perdiendo el tiempo como ayudante de *sheriff* y que su vida iba a tomar otro rumbo. Si, se había decidido a enviar al diablo a la ley. Iba a empezar una nueva vida. Y pensaba inaugurar esa nueva etapa con una muchacha llamada Katty, esposa del alcalde. De todos modos, no se perdía el mundo por presentar la dimisión. Por

ejemplo, Jim Talbot. El quehuelas, o con lo que saliera. El pan podía ganarse de miles de modos. Jim Talbot era un tipo libre.

—¿Qué, Lark? ¿Pensando en las musarañas?

—Váyase al cuerno *sheriff*.

Gorik pegó un salto.

—¿Cómo?

Dean apretó los maxilares.

—Le dije que no estaba para bromas, autoridad.

—¡Oiga!

—Espere a que acabe, *sheriff*. Suélteme otro chiste y le juro que le aplasto esa cabeza de sapo contra el entarimado.

Gorik se llevó instintivamente la mano a la cabeza porque justamente se sabía un tipo de cabeza gorda y aplastada. Pero nadie le había recordado de pronto el apodo que tenía en Alamogordo de donde era natural. Hacía cuarenta años los chicos del pueblo le llamaban Johnny *Cabeza de Sapo*. ¡Y ahora, cuarenta años más tarde, un subordinado le volvía a llamar aquello!

Gorik respiró dificultosamente como asmático.

—¡Lark! —aulló.

—Escupa, *sheriff*.

—¡Lark…, le levantaré un expediente para el gobernador! ¡Le voy a…!

Dean se acercó lentamente y le dio unos golpecitos en el hombro, con el dedo, a medida que escupía las palabras entre los dientes.

—Usted no hará nada, *sheriff*. No hará nada porque sólo nos tendremos que ver quince días más. Conque quítese esos pensamientos de la sesera. Apárteselos, *sheriff*. Porque sería muy malo que los pusiera en práctica. Muy malo.

—Me está amenazando, ¿eh?

—Es sólo una sugerencia por la que debería hacerle pagar un millón de dólares. Ya ve si vale para usted.

Gorik boqueaba tratando de controlar la intensa furia que sentía.

Pero Dean estaba decidido a todo y lo miró con la misma fijeza que un buitre.

—Ande, viejo loco. Suelte lo que lleve en su buche. Dígame lo que quiera, menos bastardo, porque tendré que pegarle una coz en la boca.

—¡Lark! —aulló el *sheriff*—. ¡Me las pagará! ¡Lo juro! ¡Lo juro, Lark! ¡Nadie me habló jamás así!

—Atornillese el pico, viejo loro.

—¿Cómo?

—Usted tiene algo importante que decirme y por eso sólo se le va la fuerza por la boca. Ande, suéltelo.

Gorik tragó aire profundamente.

—Muy bien. Acertó.

—Se le ve en la cara, *sheriff*.

Los ojillos de Gorik se entrecerraron asemejándose a dos rendijas disparejas.

—Lea este telegrama —dijo Gorik, y le tiró un papelucho arrugado.

Dean miró un segundo al *sheriff*, recogió mecánicamente el papel y lo leyó.

—Dice que Yuk Lefevre, Pat Malden y Andy Kerr burlaron el patrulleo de las autoridades de Abilene, que les seguían la pista de cerca, Y que ahora los tenemos encima. ¿Qué quiere decir encima?

—Yo se lo diré, bravucón.

—Regurgite como los pelicanos cuando sueltan el pescado podrido por la cabeza.

Gorik abrió y cerró los puños, convertido en la imagen de la ira mal contenida.

—Un viejo trampero me acaba de dar el soplo.

—¿Sí?

—Esos tres bastardos han tomado posesión de la Mina del Irlandés.

—¿Qué es la Mina del Irlandés?

—Una excavación en las rocas de las afueras. Sólo a cinco millas de donde estamos. La mina fue abierta hace diez años por un sujeto que creyó encontrar, plata. Pero ésta resultó un mito y está abandonada desde entonces.

—Y allí tenemos a los tres tipos, ¿eh?

—Sí, Lark. Y me va a demostrar que todas esas agallas que tiene hoy, le sirven para atrapar a esos pájaros. En la barbería de Mac encontrará a seis hombres del vecindario que se pondrán a sus órdenes para ir a la caza de esa carroña.

—Hola. Ahora caigo. Cuando me afeitó Mac hace un rato vi en

la peluquería a media docena de desgraciados que querían simpatizar conmigo. Estaban muy nerviosos y me pregunté por qué. Ahora ya lo sé.

—¿Y bien, tipo listo?

—Iré, solo.

—¿Eh?

—¿De dónde sacó a esos seis pobres hombres?

—Recibirán cinco dólares cada uno. Son buena gente del pueblo que están sin trabajo. Así lo hemos hecho otras veces.

—¿Qué quiere decir otras veces?

—Me refiero al día que intentaron asaltar el Banco. Hace dos años. Pete, mi ayudante, salió con cuatro hombres. Y consiguieron alejar a balazo limpio a los filibusteros de entonces. Pete recibió el balazo en la cabeza. Pero nadie salió herido, aparte de él.

—Ya.

—No puedo acompañarle porque debo vigilar la ciudad. Esos tres tipos de la mina abandonada pueden ser el cebo de una trampa para que vayamos todos tras ellos y dejemos el Banco sin vigilancia. Por eso debo quedarme.

—Usted piensa en todo, *sheriff*. —Dean tomó un rifle del armero —. Aunque también es posible que sea una excusa bien urdida para no arriesgar la piel.

—¡Lark! ¡Mil demonios, yo…!

—Usted siga con sus fotografías. Y de paso se da fricciones de ese elixir capilar que tiene escondido en el cajón. Tal vez le salga el pelo de la cresta.

Gorik estalló en rugidos espantosos.

Pero Dean salió y pegó un fuerte portazo.

Se dirigió hacia el establo oficial de la comisaría y escogió un ruano de patas sólidas, apto para montaña.

Salía del establo tirando de las bridas del animal cuando escuchó una voz bien timbrada.

—¿Una tajada de jamón, ayudante?

Dean se dio vuelta.

—Eh, Jim. Ya te hacía muy lejos.

Jim suspiró. Mostró un jamón envuelto en un pedazo de saco.

Sonreía y sus dientes eran blancos y fuertes. «Tipos con aquella simpatía eran los que triunfaban en la vida», pensó Dean.

—Me entretuve porque Berta me contó toda su vida —dijo Jim.

—Ya.

—Entretanto, le metí mano al jamón. Y mira si falta trozo. ¿Quieres un poco, ayudante?

Dean tenía el pensamiento muy lejos, en Katty, en los tipos de la mina y en otra idea fija que empezaba a tomar cuerpo en su mente.

—Bueno, dame una loncha.

Jim rió y pegó un tajo al jamón, por la parte del centro donde estaba más rico.

—Eh, te veo preocupado.

—Debo hacer un trabajo.

—¿Forajidos?

—Tal vez.

Jim rió sacudiendo la cabeza.

—¿Cuándo me abrirás tu pecho, Dean? Preferiría que me lo dijeras tú. Pero veo que ha tenido que ser un viejales trampero con ganas de que lo invitaran a un trago, el que me lo ha tenido que contar.

—De modo que ya lo sabes.

Jim abrió los brazos.

—Bueno, respira y dime lo qué hago. Pospondré el viaje con las vacas. Pueden esperar porque también ellas están corriendo su juerga en los corrales públicos. Te ayudaré contra esos tres pájaros.

—No, Jim. Esto es cosa mía.

Éste arrugó el entrecejo, sin quitar ojo a Dean.

Por fin emitió otro suspiro y agregó:

—Bien, tú mandas, ayudante.

—Gracias por la oferta, Jim.

—Suerte —dijo Jim. Y después de estrechar la mano a Dean se apartó, pero se detuvo a pocas yardas—. ¿Estás seguro de que no me necesitas, Dean?

—Trataré de hacerlo yo solo.

Jim guiñó un ojo, otra vez risueño.

—Entiendo. Quieres crearte un cartel. Muy bien hecho. Sí, señor. Y creo que podrás hacerlo solo si te lo propones.

—Haré lo posible, Jim.

—Nos veremos cuando yo regrese de la venta de vacas. Pasaré por aquí y ya lo celebraremos. Chao.

Dean hizo un movimiento con la mano en son de despedida y saltó sobre la silla del ruano. Pegó un mordisco al trozo de jamón. Espoleó suavemente a la cabalgadura y antes de salir de la ciudad preguntó a un viejo que hacía alpargatas en la puerta de una casa por dónde llegaría antes a la mina del Irlandés.

El viejo lo orientó debidamente, sin dejar de sacudir la cabeza con pesar. Después de la información disparó repentinamente lo que le estaba quemando el esófago desde hacía rato.

—¿Va a ir solo, muchacho?

—Vaya, veo que aquí todos saben lo que ocurre.

—Me lo contaron nace cinco minutos y aún no se me ha ido el susto, ayudante. No querría ver lo que pasaría si tipos como ese trío se dejaran caer por Stanley City y lo trajeran a usted muerto como trofeo.

—No es usted muy apto para dar ánimos, abuelo.

—La vida me enseñó mucho, hijo.

—Ya. —Dean tiró otra dentellada al trozo de jamón.

—Y creo que lo peor de este mundo es jugarse la figura así por la cara. ¿Piensa cobrar un aumento de sueldo? Pues ni aun así vale la pena, ayudante. Crea a este viejo bastardo que tengo dentro de la piel y que está lleno de experiencia. Vivir es lo que importa.

—Bueno, pozo de saber. ¿Tiene alguna idea que le hace brillar así los ojos?

El viejo se rascó la barba en punta.

—Estuve muchas veces en esa mina con una tal Lily. Oh, no piense mal. Es que a la chica le gustaban mucho las setas y ahí hay muchas debido a la humedad. De esto hace muchos años…

—Ajá.

—Ella y yo entrábamos por un agujero que está justo en la cresta de la colina. Encontrará ese agujero detrás de una roca que se destaca entre dos pinos. No tiene pérdida. De ese modo podrá entrar por el lado más inesperado de la mina y tal vez atrape a esos tres fulanos…, si Dios le ayuda, hijo.

Dean sonrió, y rascóse la patilla pensativamente.

—¿Se enfadará si le doy un dólar para *whisky*, abuelo?

—Claro que me enfadaré, muchacho. Porque el informe bien vale tres rupias. Y perdone el descaro, pero es que estoy sin blanca.

Dean estuvo a punto de soltar la carcajada. Y en ésas extrajo tres

dólares y los traspasó al viejo que entró en la casa batiendo palmas de jolgorio.

A continuación, Dean salió de la ciudad para llegar cuanto antes a la Mina del Irlandés.

Lo hizo en quince minutos.

Rebasó la boca de la mina sin pasar frente a ella para no ser visto por los tres tipos que estarían allí dentro. Llegó a lo alto de la colina donde ya había divisado los dos pinos y también la gruesa piedra.

Lo malo fue encontrar el agujero porque la tierra, las piedras y la hierba lo había cubierto. Pero Dean trabajó un poco con el cuchillo, halló el agujero e hizo suficiente hueco para poder pasar el cuerpo por allí.

Cayó a diez pies más abajo del interior de la mina. Se detuvo a escuchar y notó los rumores de una conversación.

Siguió cueva adelante y de repente pegó las espaldas a la pared porque vio a dos sujetos que jugaban a los naipes aprovechando el rayo de luz de la boca de la mina. Según los prontuarios y los archivos, el individuo de las cejas blancas debía ser Pat Malden. El otro era muy huesudo, de cara de momia y sería Yuk Lefevre. El peor de los tres Andy Kerr, no estaba a la vista. Forzosamente tendría que hallarse fuera de la mina vigilando los alrededores o algo parecido.

Dean amartilló el revólver y dijo:

—Levanten las manos, amigos.

Los dos tipos tiraron los naipes violentamente y sus manos volaron a las armas.

—¡No hagan eso! —gritó Dean.

Y los dos tipos quedaron paralizados por la voz del ayudante del *sheriff*.

El huesudo Yuk entreabrió la boca.

—No va a ganar nada, *sheriff*.

—Sólo ayudante de *sheriff*.

Entonces, el joven de las cejas blancas sonrió apaciguador.

—Eh, ayudante. No hemos hecho nada. No hay tampoco leyes que prohíban cobijarse en una mina. ¿O es que tienen oro aquí?

—Cierre la boca, Malden.

—Vaya. ¿Oíste, Yuk? Hasta en este poblacho somos conocidos.

Dean apretó los maxilares.

—Sabemos de dónde vienen y a lo que vienen, Malden. Conque hagan pinza con los dedos y con todo cuidado saquen las armas y las tiran al suelo.

—Bueno, nada de ponerse nervioso —siguió Malden, sonriendo.

—¿Dónde está Andy Kerr? —inquirió Dean.

—Justo detrás de usted.

—Malden —respiró Dean con fuerza—. No piense engañarme con un truquejo de esa clase…

Dean se interrumpió porque efectivamente notó algo duro que se apoyaba en su espinazo.

Era un arma.

Malden rió.

—¿Decía algo, ayudante?

Lark no dijo nada.

Fue el tipo que estaba detrás de él quien habló ahora.

—Vamos, ayudante. Suelte su matapenas. Perdió.

—Y ustedes ganan —cabeceó Dean.

Dejó caer el revólver a sus pies.

El tipo de atrás, Andy Kerr, empezó a reír.

—¿Han visto qué fracaso, muchachos…?

Y ahora le tocó a él interrumpirse con un grito.

Dean se había sentado bruscamente en el suelo. Empujó a Andy.

Andy hizo fuego.

Pero la bala sólo rozó el cráneo de Dean y repiqueteó en las paredes de roca. Y Dean forcejeó con Andy.

Yuk y Pat se pusieron a la defensiva echando mano a las armas.

Pero Lark había ganado un punto con aquella añagaza de desesperado y no les dejó hacer.

Dean ya había recuperado el «Colt» del suelo y aunque en mala postura gatillo sin interrupción, después de soltar un mazazo a Andy.

A Yuk le clavó una bala en la pared frontal y murió en el acto.

Pat recibió un plomo en las fosas nasales y salió convertido en un pingajo de la mina.

Dean no pudo evitar que Andy le disparara a quemarropa.

Sintió el calor de la bala en las costillas, pero en la misma fracción de segundo supo que no estaba herido de muerte.

Conque asió la mano armada de Andy, le retorció la muñeca y antes de que soltara el revólver, le conectó un culatazo en el maxilar.

Andy cayó pegando coletazos y pronto quedó quieto, inconsciente.

Dean resolló con fuerza y se pasó la mano por la cara traspirada.

Desparramó la mirada por sobre los caídos.

Un cuarto de hora más tarde ya tenía a los dos muertos sobre otros tantos caballos y al desmayado Andy, esposado debidamente sobre otro animal.

Lark recuperó su propio caballo y encabezó la marcha hacia el pueblo.

Fue mientras bajaba la loma cuando se le ocurrió todo.

Notó como si todos los detalles sueltos que había ido acumulando, durante su estancia en Stanley City, se unieran de pronto como las piezas en un rompecabezas.

Lo que iba a hacer podía llevarle al patíbulo, dado que era un representante de la ley.

Pero lo haría tan bien que no lo atraparían.

Sería un golpe perfecto.

Iba a vaciar la caja del Banco.

CAPÍTULO VI

Al día siguiente Dean sabía punto por punto cómo lo haría. Había repasado todos los detalles y le pareció el plan más extraordinario que se podía imaginar.

En el Banco había tres empleados. Dos tipos de mediana edad y un viejo verrugoso que nunca abandonaba su puesto pasara lo que pasara.

Pero los dos jóvenes salían con frecuencia a la puerta en las horas de poco trabajo, unas veces para contemplar a una mujer estupenda y otras para beber un *whisky*.

En la puerta siempre montaba guardia dos rurales jubilados que no hacían otra cosa que jugar a los naipes en la garita de la entrada o dedicarse al cotilleo con el barbero de al lado.

Todos excepto el viejo verrugoso se asomaban a la calle en cuanto no habían clientes y ocurría algo digno de atención.

Dean esperaba una fiesta especial en la ciudad. Y la fiesta se la anunciaría el mismo *sheriff*.

Lark se notaba tan excitado que durante las veinticuatro horas no se acordó de Katty.

Pero pronto él y ella tendrían otra vida distinta.

De ello se encargarían los ochenta mil dólares que habría en la caja del Banco.

Ahora, el *sheriff* Gorik entró frotándose las manos en la oficina.

—Bueno, Lark. Ya debe estar enterado.

Dean se hallaba agazapado en los cajones inferiores del archivo y deliberadamente denotó poco interés.

—¿Se refiere al juicio de Andy Kerr, *sheriff*?

—Vaya, ya veo que no ha demostrado demasiado interés en el asunto. Ni tan siquiera asistió al juicio.

—No era una cosa interesante porque ya se sabía el resultado. Horca, ¿eh?

Gorik tuvo un brillo especial en los ojos, como si se regocijara por dentro ante la perspectiva de una ejecución.

—El jurado acaba de salir del almacén de Isaías y ha encontrado a Andy Kerr culpable de los tres asesinatos que se le han podido probar. La vieja que mató en Silver City, el muchacho al servicio del *sheriff* de Lork Creek al que dejó seco de un tiro y la muerte de un rival, llamado Bart Cameron.

—Conque le han recetado soga legal.

—Si, Lark. ¿No está satisfecho?

Dean bostezó.

—Mucho, *sheriff*.

—Debería estarlo. Usted atrapó a Andy Kerr y un representante de la autoridad se ve satisfecho cuando un jurado secunda su trabajo. Andy Kerr era un mal bicho. Y ha sido muy bueno que Andy haya ido a caer en nuestras manos después de haber burlado a sabuesos de renombre como Garet, Paul Dan y Dedos de Garfio. Hemos demostrado a los contribuyentes que nos ganamos el pan que comemos y que sólo hacía falta darnos una oportunidad de demostrarlo.

—Pues, sí.

—Andy Kerr se lo ha tomado muy filosóficamente y lo veremos en la horaca con toda dignidad. Será cosa de ver, Lark.

—Esperemos que así sea.

—Sólo tendremos que aguardar media hora. En los casos como los de Kerr la sentencia se cumple inmediatamente.

—Sí, hay que acabar pronto con esa clase de espectáculos.

—Por lo menos producen una tensión en la opinión pública que se debe abreviar cuanto antes. Ésa es la razón de que a los tipos como Andy se les dé la soga con toda urgencia.

—Conque será dentro de media hora, ¿eh?

—Se alargará a una hora el espectáculo. Pero me parece un siglo, demonios.

Y Gorik se frotó las manos alegremente con la misma impaciencia que si estuviera citado con una rubia despampanante en vez de estarlo con un reo.

Dean se aclaró la garganta.

—¿Lo hará usted, *sheriff*?

—¿Se refiere a colgar a Kerr? Ah, no. Ganas no me faltan cuando se trata de un bastardo de esa clase. Pero hay vecinos que no lo ven bien. Siempre se celebra un sorteo entre un pequeño grupo de voluntarios y el que saca premio es el encargado de mandar al infierno al reo.

—Es bastante divertido —mascullό Dean.

Gorik rió.

—No me resultará usted uno de esos flojos que no aguan tan un ahorcamiento cuando, sin embargo, están dispuestos a enviar plomo a mansalva, como lo hizo con los dos compinches de Andy Kerr. Demonios, ya los dejó bien listos.

—Me puse nervioso.

Gorik rió. No había reído en su vida.

—¿Sabe una cosa, Lark? Pues que usted me está convenciendo. Sí, señor. Lo llevaba muy escondido, pero ahora veo que sabe más que una vicetiple. Ya le perdoné sus insultos, Lark.

—Gracias.

En eso se escuchó un runruneo en la calle.

Gorik pegó un brinco conteniendo un grito de placer.

—¡Ya empieza la fiesta! —Atrapó un llavero de la parel abrió el corredor de las celdas y echó a correr hacia dentro.

Pocos minutos más tarde salió con Andy Kerr, quien no, parecía muy afectado.

—Se les va a caer la baba amigos —rió Kerr. Guiñó un ojo—. Pero debo advertirles que ya estuve en dos ocasiones a punto de colgar de una rama y otras tantas veces salí por mi propio pie.

—No se haga ilusiones —sonrió el *sheriff*—. No, Andy Kerr. Esta vez estás bien atrapado y no te valdrán tus trucos.

—A estas horas ya Ben Lermon, Dick Lukas y Corring *El Ala de Murciélago* sabrán lo que me pasa y no tardarán en rescatarme.

—La ejecución va a empezar dentro de poco rato, Andy. Y no lo digo por ponerte triste.

Andy sacudió la cabeza.

—Esos chicos ya deben estar en la ciudad. Sí, *sheriff*. Y por ser usted, cuando lleguen ellos, les recomendaré que a usted sólo le metan una bala en cada rodilla. Sólo eso, *sheriff*. Pero a ese bastardo de Dean Lark… —Los maxilares de Andy se contrajeron—. A este

pájaro lo tengo que despellejar, vive Dios.

—Andando, Andy —dijo el *sheriff*, y lo empujó hacia la calle.

El público gritó alborozado.

Gorik volvióse un instante.

—Habrá que tener los ojos bien abiertos por si los amigos de Andy intentaran algo. Ya lo oyó, Lark.

—Corriente.

—Vamos, Lark. Síganos, por el centro de la calzada.

Dean fue en pos del *sheriff*.

El público formaba una doble columna a ambos lados de la calzada, pero pronto se apretaron en derredor del reo, el *sheriff* y su ayudante.

Cuando atravesaron la calle principal y no ocurrió nada, Andy Kerr empalideció un poco.

Se leyó en su rostro la decepción. Seguramente creía a pie juntillas que sus amigos estañan esperando aquel momento para liarse a tiro limpio.

Dean seguía pausadamente al *sheriff*, sin quitar ojo a la multitud, que cada vez parecía aumentar en número. Sin duda todo Stanley City se había congregado para asistir a la ejecución de Andy Kerr. Incluso algunos se veían bien trajeados, como si hubieran abandonado las labores para asistir al espectáculo.

Cuando las autoridades y el reo llegaron al final de la calle principal donde se veía un árbol de siniestra silueta, la gente estaba tan apiñada que Dean sintió el temor de verse aprisionado allí hasta el final del ahorcamiento de Andy.

Éste ya se había puesto muy nervioso y no hacía más que mirar a un lado y otro. Pronto empezaría a gritar a sus imaginarios compañeros.

El *sheriff* se volvió cuando llegaron al pie del árbol.

Con una mirada recomendó a Lark que tuviera los ojos bien abiertos.

Dean asintió y se retiró un par de pasos.

La multitud se arremolinó para ver mejor el acto.

Dean separóse poco a poco, apartándose deliberadamente del epicentro de la fiesta.

En un momento dado, se encontró en una esquina.

Y al ver que el callejón se encontraba solitario, comenzó a

correr.

En quince segundos llegó al almacén del Club Femenino.

Atrapó la llave del macetero y abrió la puerta.

Se dirigió con presteza al botiquín y su mano cayó sobre el frasco de cloroformo.

Vació parte en otro frasco más pequeño del que tiró el contenido y de paso atrapó una tira de algodón. Luego, salió contando los segundos. Treinta. Estaba consumiendo el tiempo muy aprisa, pero todo salía según sus planes.

Salió del almacén, cerró la puerta y colocó la llave en el macetero.

A continuación dobló el caserón y se encontró con el patio trasero donde daba la ventana del Banco.

Así había sido. El día que estuvo con Katty en el almacén había visto la ventana posterior del Banco. Instintivamente había registrado aquel detalle, y ahora era cuando lo había incorporado a su programa de asalto.

Pegó las espaldas a la pared y asomó poco a poco la cabeza.

Casi estuvo a punto de soltar la carcajada.

No sólo los empleados y los vigilantes habían salido a la acera a contemplar la ejecución.

Esta vez, también el viejo verrugoso llamado Jonás, tenía la cabeza asomada por una ventana lateral, con medio cuerpo abocado a la calle.

Dean aprovechó el griterío creciente de la multitud que no significaba otra cosa que ya le habían puesto la cuerda en el cuello a Andy Kerr.

Entonces rodeó el edificio y se aproximó a la puerta del Banco, justo a espaldas de los empleados y vigilantes.

Hubo un momento que estuvo a punto de rozar a uno de los vigilantes porque se echó atrás.

El corazón de Dean latía fuertemente sobre sus costillas y notaba los martillazos del pulso en las sienes.

Entró en el Banco.

Y justo en aquel instante, el viejo Jonás sacó la cabeza de la ventana y empezó a darse vuelta.

Se detuvo de pronto husmeando al aire porque notaba el fuerte olor de cloroformo.

Y cuando iba a dar un salto y ver quién había detrás de él, la mano de Dean le aplicó el algodón empapado de cloroformo.

Jonás gorgoteó produciendo unos sonidos roncos que alteraron los nervios de Dean, ya que no había contado con eso.

Desde el lugar que ocupaba podía ser el perfil de uno de los vigilantes y de dos empleados que lo estaban pasando en grande.

Dean notó que el viejo pataleaba cada vez más débilmente y por fin lo dejo caer con suavidad.

Acto seguido, Dean se agazapó y corrió así por detrás del mostrador.

Como era lógico en las horas de oficina, encontró los paquetes de dinero muy a mano.

Extrajo una media del bolsillo y la llenó sin precipitaciones.

Después de lo que le pareció una eternidad, aunque sólo habían pasado quince segundos, Dean hizo un nudo en la boca de la media y salió con el saco a rastras, otra vez agazapado por detrás del mostrador.

Se dirigió hacia la puerta e invocó toda su suerte porque ahora era la definitiva.

En eso la gente aulló a coro de modo ensordecedor.

Ya habían colgado a Andy Kerr.

Dean salió aprisa por el ángulo del mostrador.

Ganó la puerta y marchó a espaldas de vigilantes, empleados y un buen grupo que se había agregado para contemplar desde lo alto de la acera los últimos momentos de Andy Kerr.

Dean regresó sobre sus pasos y pocos segundos después ya estaba al lado del almacén del club.

Buscó el hueco que se abría en la parte del almacén a tres palmos sobre su cabeza y que servía de respiradero.

Introdujo por allí la media atestada de billetes. Escuchó el impacto del paquete al golpear en el codo que formaba el respiradero. Aquel escondrijo no sería hallado en cien años.

Y sin meditarlo más regresó corriendo al callejón que daba frente al árbol donde Andy acababa de morir.

Cuando llegó allí, Andy ya se balanceaba. Muerto.

Dean sonrió otra vez entre la multitud.

Y movió un poco los labios, mirando el cadáver.

—Gracias, Andy —dijo.

Capítulo VII

Apenas se enfrió el cadáver de Andy Kerr, la noticia del robo del Banco corrió por todo Stanley City.

El *sheriff*, su ayudante y media ciudad corrieron de un lado a otro tratando de buscar una pista de los asaltantes.

Pero varias horas más tarde, la perplejidad cundió dejando a todos paralizados.

No había precedentes de un robo semejante.

Según el contador, los ladrones se habían llevado noventa y un mil doscientos dólares, sin disparar un solo tiro y lo más asombroso, sin haber sido vistos ni en sombra.

La oficina del *sheriff* Gorik parecía una jaula de locos ya a media tarde.

—¡Demonios, Jonás! —gritaba el gorilesco sabueso—. ¡Usted tuvo que ver algo! ¡Recuerde, aunque sólo sea una vez en su vida!

El verrugoso Jonás sacudía la cabeza con una expresión de camello enfermo.

—No, *sheriff*. Sólo noté que me colocaban ese algodón en la boca.

—¿Y?

—Ya se lo he dicho ciento cincuenta veces, *sheriff*. Aquello olía muy mal y pensé que me ahogaba. Pero de repente las piernas se convirtieron en goma y alguien me tuvo en brazos para que no me rompiera la crisma contra el cemento del suelo.

—Vaya —sonrió colérico Gorik—. Por lo menos el tipo que lo hizo era un sentimental.

—Sí, *sheriff*. Otro pájaro me habría pegado un sartenazo en la cresta y a estas horas estaría yo piando con los ángeles. Gracias al Cielo que no se le ocurrió al tipo golpearme con el revólver en la

cascara de los sesos. Lo hizo muy finamente.

—De modo que no le vio ni una pulgada del rostro.

—Ya le dije que ni la sombra.

—¿Joven?

—¿Cómo quiere que lo sepa, *sheriff*?

—Atiende, Jonás. Si un tipo te agarra por detrás tienes que notar algo. Infiernos. ¿Tenía dedos como garras?

—Eh, eso sí. El tipo me sujetó muy fuerte por los sobacos. Incluso me lastimó un poco el ala derecha y todo porque no quería que me cayera a plomo.

—Sigue.

—¿Qué quiere que le cuente más, *sheriff*? Cuando abrí los ojos ya los muchachos del Banco me pasaban las sales por la nariz y miré si estaba yo mareado que vomité después de darles los buenos días.

El doctor Peterson asomó la cabeza porque no podía abrirse paso entre los reunidos en la oficina.

—Oiga, *sheriff*. Era lo que yo pensé. Ese algodón estaba empapado con cloroformo.

—Eso puede ser una pista.

—El cloroformo que venden en la droguería es el mismo que se vende en Texas y en el Canadá. Conque no hay diferencia que nos lleve a una pista.

—Maldita sea. Oigan, háganme el favor de vaciar la oficina para que piense debidamente.

Todos empezaron a salir.

El alcalde suspiró amargamente.

—Esto es la ruina para Stanley City, *sheriff*. Tiene que encontrar algo.

—¿Se me escapó alguna vez algún delincuente, señor Lemon?

—No. Eso es cierto.

—Pues le aseguro, tan cierto como estamos aquí, que el tipo que lo hizo pronto estará entre estas manos qué me dio el Señor.

—Él te oiga —volvió a suspirar Lemon, ahora mirando al techo.

—Estoy seguro de que hallaremos al tipo —dijo Dean en aquel momento—. No se preocupe, señor Lemon.

El *sheriff* miró ceñudo a su ayudante.

Pero el alcalde Lemon enseñó sus dientes de oro y pegó una

palmada en el recio hombro de Dean.

—A propósito, muchacho. Debo darle las gracias por lo que hizo atrapando a Andy Kerr. No había tenido ocasión de hablar con usted. Por eso tampoco he podido transmitirle el recado de Katty.

—¿Katty? —Se hizo Dean el demente.

—Me refiero a mi esposa.

—¡Ah!

—Dijo que usted había simpatizado con el Club Femenino, lo mismo que el doctor Peterson. Y como allí también tienen cabida los hombres útiles, mi esposa quiere encargarle unos trabajos, dado que ella es vicepresidenta.

—Siempre simpaticé con las obras filantrópicas, alcalde.

—Bien, Lark. Póngase al habla con mi esposa respecto a esos trabajos. Creo que son en el almacén.

El *sheriff* sonrió esta vez enseñando unas feas encías blancuzcas que eran probablemente una venganza de la naturaleza.

—Lark ya estuvo trabajando en ese almacén con la señora Lemon —dijo.

—Ya sé que Dean dejó aquello muy en orden, *sheriff*. Y por eso creo que ha metido la pata con aquel trabajo porque ahora las damas lo van a encontrar imprescindible.

Yel alcalde acabó la frase con una risotada que dio ganas de llorar al propio Dean.

El *sheriff* también rió forzadamente, sin quitar ojo a su ayudante.

Éste a su vez también le enseñó la doble hilera de dientes y se mantuvo así hasta que el alcalde abandonó la oficina.

Luego, ladeó la cabeza y dijo:

—Oiga, jefe. ¿Le gustaría que le pisara el cuello?

El *sheriff* cerró bruscamente los ojos y chilló:

—¡Lark! Por todos los santos le ruego que no me salga con sus amenazas precisamente hoy que tengo el problema del Banco. ¡Por todos los diablos, no lo haga o juro que no respondo!

—Y además le pegaré en la boca como haga otra insinuación acerca de la señora Lemon y de mí. ¿Entendió, viejo chismoso?

El *sheriff* sufrió un auténtico ahogo a causa de la ira que sentía.

Y cuando ya recobraba el uso de la palabra, Dean salió de la oficina y le cerró la puerta en las narices.

Echó a andar por la calle y de repente se olvidó de los noventa

mil dólares, del *sheriff* y de aquel condenado pueblo.

Ahora que había pasado todo, se dio cuenta de que estaba tres días sin ver a Katty.

Conque preguntó en el edificio del club y le dijeron que Katty Lemon estaba en el almacén del club.

Dean movió las piernas con ligereza para llegar a tiempo de encontrarla allí.

Empujó la puerta abierta y Katty dio la vuelta hacia él.

Ella abrió sus brazos y Dean corrió a ellos.

Aquella tarde fue la más feliz de la vida de Dean.

CAPÍTULO VIII

Al día siguiente, Dean entró silbando en la oficina.

De pronto se detuvo al escuchar una voz conocida que partía desde el lugar de las celdas.

—¡Eh, Dean! ¡Sácame de aquí o le pego fuego a esta mugrosa oficina, cárcel y porqueriza!

—Jim —exclamó Dean, y se lanzó a todo correr hacia las celdas.

Jim Talbot estaba agarrado a los barrotes y parecía disgustado.

—¿Te parece bien lo que hizo ese viejo loco, Dean?

—¿A quién te refieres?

—Al *sheriff* con cara de mona.

—¿Por qué te metió aquí, Jim? ¿Qué diablos haces tú en Stanley City? ¿No ibas a vender tus vacas…?

—Un momento un momento —interrumpió Jim dado un manotazo a las rejas—. Una pregunta detrás de la otra. Empieza a abrir está condenada reja.

Dean no contestó durante unos segundos, pero luego sacudió la cabeza de arriba abajo.

—Muy bien, Jim.

Regresó a por el llavero y cuando lo iba a meter en la cerradura, el vozarrón del *sheriff* se escuchó en la boca del corredor.

—¿Qué está haciendo, insensato?

Dean volvióse irritado.

—Voy a sacar a Jim.

—Calle hombre —dijo el *sheriff*—. Lo tengo a remojo por sospecha de asalto.

—Usted ha empinado el codo, jefe.

—¡Repita eso, Lark! ¡Repítalo y le juro que no resisto más!

Dean rechinó los dientes.

—Jim explicará debidamente qué diablos hacía en Stanley City cuando ya creíamos que se hallaba lejos.

—Yo lo averiguaré.

—Suéltelo, *sheriff*.

—Dígalo otra vez y le doy dos vueltas de llave más, Lark. ¡Infiernos, aquí mando yo todavía! ¿Lo oye?

Jim batió palmas, sonriente.

—Así me gusta. Ver a la ley peleando entre sí.

—Usted se calla —masculló Gorik.

—No tiene pruebas para retenerme en esta mazmorra, *sheriff*.

Gorik lo miró con los ojos entrecerrados.

—He sacado conclusiones respecto al asalto, ¿sabe, Talbot? He pensado mucho.

—Eso le costará una enfermedad. Cuídese, *sheriff*.

Gorik fue a soltar un rugido, pero se controló.

Resolló con fuerza, usando un poco de sarcasmo para hincar sus acusaciones.

—El viejo Jonás me ha dado elementos para sospechar de usted, Talbot.

—No me diga. Adivina el pensamiento o algo así, ¿eh?

—No, Talbot. Ese abuelo notó que el tipo que lo agarró era muy fuerte.

—Ya.

—Lo colocó al otro lado del corredor como si fuera una pluma. Sólo un tipo grandullón como usted podía hacer una faena de esa clase. Luego, está ese truquejo del cloroformo. No está mal para acogotar al viejo. No está mal. Y lo bueno es que usted tenía una botella de cloroformo entre sus efectos personales.

—Lo llevo para las vacas. Soy un poco veterinario y realizo operaciones en los animales cuando se me estropean. Gracias a eso he podido salvar a unas cuantas vacas.

—Ya. Y como tiene esa práctica con el cloroformo se le ocurrió de repente que iría muy bien con el viejo del Banco. Se coló allí con una botella y un algodón y lo puso en los hocicos del pobre Jonás. A continuación, vació la caja y se largó como un fantasma.

—No sea duro de encéfalo, *sheriff* —susurró fatigado el rubio Jim Talbot—. Yo regresé a Stanley City después que ahorcaran a ese pájaro, Andy Kerr.

—Oficialmente, sí. Usted había hecho mucha propaganda de su viaje. También anunció a voz en grito que regresaría después de vender sus vacas. Pero lo hizo mucho antes, Talbot. Lo hizo justo en el momento que Andy Kerr pendía de la cuerda, porque sabía que todos estaban embobados con el ajusticiamiento. Aprovechó el momento clave.

—Repito que se equivoca, sabueso.

—¡Qué me voy a equivocar! Los dos empleados más jóvenes del Banco recuerdan perfectamente que usted se coló en el Banco dos días antes de los hechos y husmeó de lo lindo. Cobró un cheque de cien dólares para estudiar el terreno. ¿Fue así, Talbot…?

—Calle, *sheriff*, calle…

—Déjeme terminar y seré una tumba, Talbot. Usted volvió al día siguiente, la víspera del golpe, y cobró otro cheque de cien dólares. ¿Para qué quería cien dólares más, Talbot?

¿Se le habían acabado los otros cien? No. Yo se lo diré.

Necesitaba estudiar algunos detalles y por eso volvió a cobrar otro cheque. ¿Verdad que fue así todo, Talbot? Ande, hijo. Usted está atrapado. Se le ha visto el rabo. Pero no tiene que preocuparse mucho. No ha matado a nadie. Robó con toda decencia. Sí, señor. Y si confiesa haberlo hecho y nos dice dónde guardó la plata, la alegría que dará a la gente será de tal calibre que el jurado que le juzgue va a ser muy benévolo. Sí, Talbot. Como mucho, le echarán un par de años. Pero ya moveremos ciertos resortes legales para que todo quede en un año. O en menos.

Jim acompañó las últimas palabras del *sheriff* con unas cabezadas que parecían atentas.

Por fin, abrió la boca y dijo:

—¿Promete no enfadarse ni ponerse feo si le digo que no ha dado en el clavo?

—No me convencerá.

—Será porque usted no quiere, *sheriff*.

—Confiese de una vez, Talbot.

—Muy bien, lo haré.

El *sheriff* arrugó el ceño.

—¿Va a hacer eso de veras?

—Seguro, autoridad.

Gorik sonrió satisfecho a Dean Lark.

—¿Lo ve, muchacho? Uno ha de ser siempre convincente.

Dean dio un suspiro.

—No se entusiasme demasiado, jefe, y espere a oír lo que Jim le va a contar.

El detenido respiró profundamente y dijo:

—Cobré esos talones de cien dólares en el Banco porque necesitaba dinero, *sheriff*. Nunca cometí un asalto. Jamás me llevé esos miles de dólares del Banco, y, en cuanto a lo del cloroformo, es mera coincidencia.

La cara del *sheriff* se tornó roja.

—Quiere tomarme el pelo, ¿eh, Talbot?

—No, autoridad, no se lo quiero tornar, entre otras cosas porque le queda muy poco.

—¡Basta ya!

—Eso digo yo, *sheriff*, ya me tuvo demasiado tiempo en la fresquera. Abra la puerta de la celda.

—Ni lo sueñe.

—Oiga, *sheriff*. Usted no tiene ninguna prueba contra mí.

Sólo cuenta con indicios y, según la ley, eso no es motivo para encerrar a un hombre.

El *sheriff* iba a hablar, pero se interrumpió.

Talbot señaló a su amigo Dean.

—Eh, compañero, ¿es que no tienes nada que alegar en mi favor?

Dean se dijo que Jim Talbot tenía razón. No estaba justificado que el *sheriff* lo hubiese detenido. Tal como estaban las cosas, quizá le interesase mucho más que Jim tuviese las manos libres. Empezaba a pensar en algo. En cargarle el robo. ¿No había dicho el propio Talbot que el *sheriff* carecía de pruebas…? ¿Por qué no él, Dean, fabricaba esas pruebas…? En ese caso, Jim Talbot ya no podría escapar de la justicia.

—*Sheriff*, yo saldré fiador por Jim Talbot —murmuró.

Gorik dio un respingo.

—¿Qué es lo que ha dicho, Dean?

—Conozco desde hace mucho tiempo a Jim y es incapaz de cometer un asalto.

—Oiga, Dean, todos somos buenos hasta qué dejamos de serlo.

Talbot se puso a aplaudir desde el otro lado de la reja.

—Bravo, *sheriff* acaba de decir algo que debería ser grabado en las puertas de las comisarías.

—Deje de una vez las chanzas, Talbot —rezongó el *sheriff*.

—Entonces, escuche a su ayudante.

El *sheriff* apuntó a Dean con el dedo.

—¿Es verdad que se va a hacer responsable de él?

—Seguro, *sheriff*.

—¿Qué pasaría si fuese realmente el culpable?

—Admitiré que me he equivocado.

—Está bien, Dean. Ábrale usted mismo la puerta y recuerde que contrae una responsabilidad.

Dean abrió la puerta de la celda.

Jim salió del recinto barrado y los tres fueron a la oficina. Dean devolvió su revólver a Talbot.

—¿Cuál es tu plan, Talbot?

—Permanecer aquí, desde luego.

El *sheriff* dijo con sarcasmo:

—Es lo que iba a pedirle. No podrá salir del pueblo hasta que lo del asalto se haya aclarado.

—Ya le he dicho que no me iré, *sheriff*. Ahora estoy más interesado que nadie en aclarar ese robo.

Dean sintió un escalofrío por la espalda, pero lo achacó a que la ventana de la oficina estaba abierta.

Talbot se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo a mitad del camino.

—¿Quiere oír una teoría acerca del asalto, *sheriff*?

—No se largue sin desembuchar.

—El hombre que cometió el asalto está en este pueblo. —Qué gran cosa —ironizó el *sheriff*—. Me ha quitado un gran peso de encima. Diga otra ocurrencia tan inteligente como ésa y creeré que al fin llegó un tipo listo a Stanley City.

—No me entendió, *sheriff*. Quise decir que el salteador es alguien conocido de este pueblo. Por eso utilizó la treta del cloroformo. No quería ser visto por nadie. Y además estoy dispuesto a apostar a que planeó el asalto con detalle. Sabía perfectamente que Andy Kerr iba a ser ahorcado y que ése sería el mejor momento para llevar a cabo sus propósitos.

En la estancia se había hecho un silencio. El *sheriff* estaba como

hipnotizado.

Dean carraspeó mientras se frotaba el mentón con el dorso de la mano.

—Yo creo que mi amigo Jim no está diciendo ninguna tontería, jefe.

—Es posible —admitió el *sheriff*—. De modo que tiene que ser alguien conocido por mí.

Talbot sonrió, ya con la puerta abierta.

—No se cansen en buscar al culpable. Yo se lo traeré.

—Eh, Talbot —repuso el *sheriff*—. Será mejor que se esté quieto. No estoy dispuesto a tolerar que un forastero se inmiscuya en algo que es de mi competencia.

—Sólo quiero echarle una mano, *sheriff*, y eso no lo puede impedir. Hasta muy pronto.

Cuando Talbot hubo salido, el *sheriff* rezongó:

—¿Piensa de verdad que él no lo hizo, Dean?

—No lo sé.

—¿Qué quiere decir que no lo sabe?

—Se lo explicaré, jefe —tras una pausa, Dean agregó:

—Talbot es un muchacho un poco impulsivo.

—Ya sé lo peleón que es. ¿Se refiere a eso?

—Y a otras cosillas.

—¿Por ejemplo?

—A Jim le gustan los embrollos. Se ha metido muchas veces en ellos sin necesidad, y en algunos pueblos por donde pasó, ocasionó disgustos a los representantes de la ley. En San Juan Crisóstomo, estando Jim allí, robaron una joyería.

También fue sospechoso de aquello, pero no se le pudo probar nada.

—¿Encontraron al ladrón?

—No.

—Igual que aquí, ¿eh?

—Sí, jefe. Lo mismo.

—Maldita sea, si ésa es su idea, ¿por qué lo ha dejado salir?

—Es la mar de sencillo, *sheriff*, no tenemos pruebas.

—Sí, y como en San Juan Crisóstomo, Jim Talbot se irá con el producto de su robo.

—No, jefe, ahí es donde se equivoca… Si Jim es el ladrón esta

vez lo va a pagar. Recuerde que esos noventa mil dólares ha de tenerlos escondidos en alguna parte. Voy a vigilar a Jim Talbot y con un poco de suerte lo atraparé con las manos en la masa.

—Ya comprendo, ha querido darle cuerda…

—Sí, para que se ahorque él solito, sin ayuda de nadie.

Dean caminó hacia la puerta. Estaba decidido. Necesitaba un culpable y seria Jim Talbot, pero él, Dean, conservaría la mayor parte del botín. Sólo sacrificaría una parte, por ejemplo, un par de miles de dólares. Valdría la pena porque de esa forma su plan quedaría perfecto.

CAPÍTULO IX

Jim Talbot había interrogado a los vigilantes del Banco, pero ninguno le había podido dar la menor noticia acerca del salteador.

Las cosas estaban más difíciles de lo que había supuesto. Encontró al doctor Paterson en la calle.

—Iba en su busca, doctor.

—¿Qué quiere, amigo? Si me va a hablar de alguna dolencia, la consulta es a las seis.

—Quería preguntarle si notó la falta de alguna cantidad de cloroformo.

—Ya entiendo, piensa que el cloroformo que utilizaron en el asalto salió de mi botiquín.

—¿Puede contestarme?

—Claro que sí, señor Talbot. Yo mismo hice un examen de mis existencias y le puedo asegurar que el que emplearon en el asalto con el viejo Jonás no salió de mi casa.

—Gracias, doctor, y perdone.

—No hay de qué.

Poco después, Jim entraba en el almacén general, del que era propietario Clay Perkins.

—¿Como van sus existencias de cloroformo, señor Perkins?

—Queda muy poco. Sólo podré venderle una botella.

—Se lo compraré, pero dígame, ¿a quién sirve en este pueblo esa clase de mercancía?

—La lista no es muy larga, pero hay compradores. Están el doctor, algunos rancheros, y también me lo pidió la señora Lemon por su Club de Mujeres Filantrópicas de Stanley City.

—¿Y para qué quiere cloroformo la señora Lemon?

—Tienen instalado un botiquín de urgencia para atender a la

gente enferma y necesitada. De esa forma, les resulta más económica la intervención del doctor.

—¿Dónde está ese club?

Perkins se lo dijo y, minutos más tarde, Jim llamaba a una puerta.

Le abrió una joven de ojos verdosos muy claros.

—Quisiera hablar con la señora Lemon.

—Perdone, pero la señora Lemon no puede recibirlo ahora. Estamos haciendo inventario.

—Es urgente, señorita.

—Espere un momento y lo consultaré.

La muchacha desapareció en la casa, pero estuvo de regreso al cabo de un minuto.

—La señora Lemon lo atenderá si es tan urgente como usted dice.

—Muy amable.

Cuando Jim estuvo frente a Katty Lemon se dijo que no había visto una morena tan atractiva desde que se separó de Nemesia, una mexicana que había encontrado en una posada y que le atendió muy bien.

—Mi nombre es Jim Talbot, señora Lemon.

—¿Se inscribió usted ya en nuestro censo de necesitados?

—Todavía no, señora Lemon.

—Pues debe hacerlo si quiere recibir socorro. Además, debe concretar la clase de servicios que quiere que se le presten.

—Biberón.

—¿Cómo?

—Quise decir cloroformo.

—Sigo sin comprenderlo.

—Señora Lemon, no hace falta que me incluya en su censo de necesitados. No vine a eso. Sólo quiero saber qué cantidad de cloroformo tienen ustedes en su botiquín de urgencia.

La señora Lemon parpadeó.

—No comprendo por qué quiere saber eso.

—Asaltaron el Banco local y el que lo hizo anestesió con cloroformo a uno de los ayudantes.

Las aletas de la naricilla femenina palpitaron ostensiblemente.

—¿Supone que yo…?

—No, señora Lemon, usted no ha de ser necesariamente la asaltante, pero imagino que aquí tienen acceso otras personas. Además, alguien pudo introducirse en el almacén estando ustedes ausentes.

—¿Quién es usted, señor Talbot…? ¿Algún representante de la Ley?

—No, no lo soy.

—Entonces, dígame por qué está llevando a cabo esta investigación.

—Me acusan de ser el salteador y yo quiero demostrar que se equivocan. La única forma de hacerlo consiste en entregar el verdadero culpable. ¿Me va a ayudar?

—Sígame.

Fueron a la parte más profunda del almacén.

Katty Lemon atrapó el frasco de cloroformo de un anaquel.

—¡Oh! —exclamó.

—¿Qué pasa, señora Lemon?

—Tenía que haber más cloroformo.

—¿Está segura?

—Claro que sí, yo misma lo vi ayer y sé que había mucho más.

—Quizá se evaporó.

—El frasco está herméticamente cerrado. Puede usted comprobarlo.

—Sí, parece que no se pudo volatizar. Pero, dígame, señora Lemon, ¿quién tiene acceso a este almacén?

—Las mujeres que componemos la directiva. Somos ocho.

—¿Algún hombre?

—Sólo uno. Slim Carrigan. Es el encargado de todo esto, pero hace tres días que está ausente. Se encuentra enfermo, en la cama, y no puede dudar de él.

—¿Por qué no, señora Lemon?

—Carrigan es honrado a carta cabal. Estoy dispuesta a poner las manos sobre el fuego por él.

—¿De quién sospecharía entonces?

—De nadie, señor Talbot. Quiero decir, de ninguna persona que conozca.

—Gracias por su colaboración, señora Lemon.

Katty quedó pensativa cuando el joven hubo salido del almacén.

—Lizabeth —dijo a la muchacha de los ojos verdes—. Puedes acudir a tu cita con tu novio.

—Todavía puedo quedarme quince minutos.

—Él debe estar impaciente. Anda, ve.

—Señora Lemon, es usted mi ángel protector —sonrió la joven.

—Sé de esas cosas. También tuve novio antes de casarme.

—Hasta mañana, señora Lemon. Y no se preocupe por el asunto de los zapatos, yo me encargaré de contarlos de nuevo y hacer la distribución.

Lizabeth se marchó muy alegre porque tendría oportunidad de ver antes a su novio.

Katty Lemon paseó por el almacén.

Ya habían transcurrido diez minutos desde que se marchó Elizabeth cuando oyó que la puerta se abría.

El ayudante Dean Lark entró en la estancia.

—Hola, Dean.

El ayudante se detuvo ante la joven, la tomó por los brazos y la besó en la boca.

—Estaba deseando que llegase este momento.

—Yo también, Dean aunque por otro motivo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿A qué te refieres?

—Al asalto.

—¿Qué?

—No soy ninguna tonta… Fuiste tú quién sacó el cloroformo del frasco. Tú eres la única persona que pudo entrar aquí sin que nadie se apercibiese.

Dean entornó los ojos.

—¿Cómo sabes eso?

—He sumado dos y dos después que vino a verme un tal Jim Talbot.

—Háblame de él, Katty —la voz de Lark se había tornado ronca.

Katty le contó la clase de entrevista que había sostenido con Jim, y cuando hubo terminado. Dean dijo:

—Jim Talbot, me las va a pagar. Y va a ser muy pronto.

—Entonces, ¿es verdad…? Robaste los noventa mil dólares…

—¿Quién otro podía ser?

—¿Por qué lo has hecho, Dean?

—Por ti. Me diste a entender que no te vendrías conmigo a correr una loca aventura. Entonces llegué a la conclusión de que con esos miles de dólares las cosas cambiarían.

—Eres maravilloso, Dean —sonrió Katty Lemon.

—¿Vendrás conmigo ahora?

—Sí, Dean.

—Ya lo suponía, pero necesitaba oírlo de tus labios.

Se besaron otra vez.

—Dean —dijo Katty—. Si ese Talbot supiese que tú y yo…

—Sí querida, llegaría a descubrir la verdad, pero yo no le voy a dar esa oportunidad.

—¿Cómo lo evitarás?

—Será la mar de sencillo. Ya estuvo encerrado en la cárcel. El *sheriff* hizo ese trabajo porque sospechó que Jim era el asaltante. Aunque sólo sea por una vez el *sheriff* de Stanley City va a dar con un culpable. Pero lo tendrá muerto. Con un montón de billetes en el bolsillo. Naturalmente, con billetes de los que fueron robados del Banco.

* * *

Jim Talbot cruzaba la calle hacia el *saloon* de Merche cuando sonó un restallido a sus espaldas.

La cola de un látigo le trabó las piernas.

La persona que manejaba el látigo dio un tirón y Talbot se derrumbó en el polvo.

La gente de las aceras se echó a reír al contemplar la escena.

Jim Talbot soltó una serie de denuestos y giró en la tierra llevando la mano al revólver, pero se quedó quieto al ver al dueño del látigo.

—Mary, aparta de mí tu víbora o juro que no te dejo un hueso sano.

Mary Forbes era una joven de unos veintitrés años, rubia de ojos azules y rostro bello. Se vestía con pantalones varoniles y camisa a cuadros.

—Sólo he hecho que empezar contigo, Jim Talbot. Anda, trata de sacar ese revólver y te juro que te dejo manco.

Los ojos de la muchacha despedían chispas de fuego.

Jim apretó los dientes mientras se desprendía del látigo que se había arrollado a sus tobillos.

Se levantó sin soltar el cordel de cuero.

Para ese entonces la gente se había arremolinado a uno y otro lado de la calle.

Mary Forbes, las piernas ligeramente abiertas en compás, llevó aire a sus pulmones.

—Eres un farsante, Jim Talbot.

—¿Por qué dices eso?

—Tú lo sabes bien. Hace seis semanas dijiste que me llevarías tres sementales al Valle del Ahorcado. Me avisaron que habías pasado por Mountain City y yo no te vi el pelo.

—Sí, pasé por allí, pero tenía un poco de prisa.

—Te estuve esperando para hacerme cargo de los tres sementales.

—No los llevaba en ese viaje.

—Embustero. Luke Pecas me dijo que te había visto con tu rebaño y llevabas en él media docena.

—Es posible.

—Tres eran míos.

—No, querida, no eran tuyos.

—Ya entiendo, hiciste el trato conmigo, pero luego alguien te ofreció un dólar más por cabeza y se los vendiste a él.

—No, cariño, no fue un dólar por cabeza. Me ofrecieron veinticinco más.

—Menudo sinvergüenza estás hecho. De modo que lo admites…

—El negocio es el negocio, Mary. Pero no creas que olvidé tu encargo, en el próximo viaje te traeré los tres machos que necesitas.

Los espectadores prorrumpieron en grandes risotadas.

Mary Forbes soltó un salivazo al polvo y se pasó un dedo de la mano libre por debajo de la nariz.

—¿Sabes lo que te digo, Jim Talbot…? Que jamás volveré a hacer tratos contigo. Y ahora te voy a dar un escarmiento.

—¿Qué vas a hacer, ricura?

—Te voy a desnudar delante de todos.

—Eso estaría feo.

—A latigazos.

—Sé que puedes hacerlo. Eres muy hábil con el látigo y ya te vi

dejar en paños menores a un tipo de Mountain City.

—Lo mismo te va a pasar a ti ahora.

—No lo intentes, nena.

Como respuesta, la joven dio un tirón del látigo para arrancar la otra extremidad de manos de Jim Talbot.

Jim se dejó llevar por el impulso.

Atrapó a Mary por la cintura y los dos cayeron en el suelo.

Los ciudadanos atronaron el aire con sus carcajadas.

Mary Forbes y Jim Talbot se debatieron en un amasijo de brazos y piernas.

—¡Te voy a sacar los ojos! —gritaba la joven.

—Un poco de calma, preciosa.

—Me robaste los sementales.

—No eran tuyos, de modo que no podía robártelos.

Mary Forbes le tiró una tarascada y Jim evitó la zarpa con un quiebro. Mary logró conectar un rodillazo en el estómago de Jim.

Los dos rodaron por la tierra levantando más polvo.

Por fin, Jim pudo mantener inmóvil a la airada joven.

—Mary, ¿quieres escuchar?

—¿Qué nueva mentira vas a colocarme?

—Te dije que te vendería los tres sementales y los tendrás.

—Embustero, dejaré de tenerlos en cuanto alguien te ofrezca un centavo más.

—Los bichos no me gustaban para ti. No eran de pura raza, aunque los vendí como tales.

—Otra farsa, ¿eh?

—Uno ha de ganarse la vida. ¿Lo sabes ahora? Por eso no te quise colocar el género, porque era mercancía averiada.

—Otra mentira para congraciarte conmigo.

—Querida, ¿no ves la sinceridad en mis ojos?…

—Tus ojos son los de una serpiente ele cascabel hipnotizando al ave que quiere atrapar.

—Pues tuve suerte porque jamás podría encontrar una paloma como la que tengo ahora en mis brazos.

—¿Entre tus brazos…?

Mary le pegó un mordisco en la muñeca.

Jim dio un salto apartándose de la muchacha.

La escena fue la mejor del número, a juzgar por las grandes

risotadas de los espectadores.

Mary Forbes y Jim se levantaron. El látigo había quedado en el suelo.

Mary apuntó con la mano extendida a Jim.

—No quiero volverte a ver, Jim Talbot… ¿Lo oyes bien…?

—Sí, Mary, te oigo… Pero hice un trato contigo… Me pediste tres sementales y yo te los traeré, aunque sea lo último que haga en esta vida.

—Quédate con tus reses… Y también con tu rubia.

—¿A qué rubia te refieres?

—A Cleo, la del *saloon* de Merche.

—No la veo desde hace seis meses.

—Otra mentira. Te vieron con ella anoche.

—Bueno, ahora recuerdo que le traje una carta de su hermano el que trabaja en el Pecos.

—Me tienen sin cuidado tus asuntos, Jim Talbot A decir verdad, me va a importar un rábano todo lo que tú hagas.

—Mary, ¿por qué no cenamos juntos y hacemos las paces?

—La respuesta es no.

—Tú y yo deberíamos conocernos un poco más.

—Ya te conozco demasiado.

—Está bien. Como tú quieras.

Jim tomó el látigo del suelo y lo alargó a la joven por el mango.

Mary asió el látigo y titubeó unos instantes.

Se había hecho un silencio. Los espectadores quizá esperaban que Mary utilizase el látigo contra Jim. Pero eso no llegó a ocurrir.

La joven giró bruscamente y se alejó de Talbot.

Jim se metió en el *saloon* de Merche. La rubia Cleo le salió al encuentro. Era una mujer muy vistosa y se cubría con un vestido verde muy ceñido.

—Ya vi tu pelea, Jim… Y creí que esa gata te iba a desollar vivo.

—Aprendí a cuidarme de las mujeres.

—¿De todas? —murmuró ella con coquetería.

—De las que resultan más peligrosas.

—¿Qué tal soy yo?

—Tú eres una gran muchacha.

—Con un hermano en el Pecos.

—De modo que lo oíste.

—Tuve que oírlo porque hablabais a gritos. —Cleo entornó los ojos—. ¿Pero dónde está esa carta? No me la diste.

—Déjate de bromas. Sabes que no hay ninguna carta. Y ahora necesito un trago…

—Ya se nota que esa chica te secó la garganta. Me pregunto si no habrá sido por la emoción de tenerla abrazada.

—¿Mary y yo? Tengo tantas ganas de abrazar a esa chica como a un cactus. Además, ¿por qué estamos hablando de eso? Estoy preocupado.

—Sí. Ya me dijeron que te cargaron lo del asalto al Banco.

—Yo no fui.

—Ya lo sé, Jim. Eres un trapisondista, pero no un salteador.

—Deberías de dar ese informe al *sheriff*.

—¿Serviría de algo?

—No, me temo que no. Por eso, lo que tengo que hacer es atrapar por el cuello al que lo hizo.

A continuación, le expuso su teoría de que el salteador debía ser alguien con residencia en Stanley City.

—Te diré quién es mi sospechoso, Jim —dijo Cleo.

—¿Quién?

—Slim Carrigan… Tú dices que falta cloroformo del almacén del club. Se hizo el enfermo para tener una coartada.

—¿Dónde vive Slim? Iré a verlo.

Cleo le dio la dirección. Y Jim, después de beber el *whisky*, salió del *saloon*.

Carrigan vivía al final de la calle. La parte exterior de su casa necesitaba una mano de pintura y los tablones del porche gimieron bajo su peso.

Jim llamó a la puerta.

—Adelante —dijo una voz.

Jim entró en la casa y se encontró en un pequeño comedor con muebles muy deteriorados. La puerta de la derecha estaba abierta, y por el hueco vio una cama. Había un hombre tendido en ella. Estaba por los cincuenta años, tenía barba crecida y ojos de mirada granujienta.

—Soy Jim Talbot, Carrigan.

—¿Qué se le ofrece? Estaba esperando al doctor.

—¿Dónde guarda el dinero?

—No me diga que es un ladrón.

—¿Usted qué cree?

—Si lo es, vino donde no debía… Soy un empleado del Club de Damas Filantrópicas. Y sólo tengo treinta dólares al mes de paga. Si usted cree que puedo ahorrar algo, levante los tablones del suelo y, suerte para encontrar un tesoro.

—Sabe hacer buenos chistes, Slim.

—Yo creía que no. Mi enfermedad me ha quitado el buen humor.

—¿No se enteró de lo que pasó en el Banco mientras colgaban a un bandido?

—El doctor Peterson me lo contó. Alguien durmió con cloroformo a Jonás, el vigilante y se llevó noventa mil dólares. —Carrigan hizo una pausa y abrió los ojos—. No creerá que yo…

—Es lo que creo, Slim, que usted lo hizo.

—¿Por qué?

—El cloroformo que utilizaron para dormir a Jonás salió del almacén del Club de Damas Filantrópicas.

Slim Carrigan se removió inquieto en el camastro.

—Llevo en la cama tres días, Talbot.

—Eso se lo cuenta a su abuela. Seguramente ella lo quiso mucho y estará dispuesta a creerlo… Pero yo le diré lo que pienso… Usted simuló su enfermedad y, cuando supo que iban a ahorcar a ese forajido, decidió que era el mejor momento para cometer el asalto.

—No. Talbot, se equivoca. Nunca he pensado en cometer un asalto. Mi enfermedad es auténtica, y, si tiene alguna duda, puede preguntar al doctor.

Jim vio que los ojos de Carrigan miraban hacia la otra habitación, por el hueco de la puerta.

—¡Cuidado…!

Jim comenzó a girar, pero en ese momento le golpearon en la cabeza. Creyó que le rompían el cráneo. Todo se oscureció súbitamente y, mientras caía, oyó unos estampidos.

CAPÍTULO X

Jim volvió en sí. Algo estaba goteando sobre su mano.

Pensó que era sangre de su cabeza.

Pero, al levantar los ojos, vio que no era sangre suya, sino de Slim Carrigan.

El empleado del Club de Damas Filantrópicas estaba volcado sobre el borde de la cama, los brazos colgando.

Tenía un agujero en la frente, por donde salía la sangre.

Jim empujó el cadáver hasta tenderlo en el lecho. Entonces descubrió las otras heridas.

Slim había sido alcanzado también en el pecho.

El asesino había puesto mucho cuidado en que Slim Carrigan no quedase malherido. Tenía una razón para ello. Slim le había visto la cara. De pronto la puerta de la casa se abrió bruscamente. Dean Lark, el ayudante del *sheriff* entró con un «Colt» en la mano.

—Hola, Talbot.

—Llegas a tiempo, Dean.

—¿Qué pasó?

—Alguien me golpeó en la cabeza y luego mató a Carrigan.

—Sólo hace cinco minutos se oyeron disparos.

—¿Quién los oyó?

—Ed Cameron, un viejo que tomaba el sol en la otra parte de la calle.

—¿Por qué no entró?

—Tuvo miedo… Se fue hacia la comisaría pegando gritos. Yo vine corriendo.

—¿Qué es lo que estás pensando, Dean?

—Dame tú revólver.

—¿Para qué lo quieres?

—Lo puedes suponer, ¿no?

—Sí, creo que sí.

—Cuidado al sacar, Jim. Sólo debes utilizar los dedos y apuntar al suelo.

—Como tú quieras, Dean.

Jim sacó el revólver y lo alargó al representante de la ley.

En aquel momento entró en la casa el *sheriff* Gorik.

—Jefe —dijo Dean—. Compruebe si este revólver ha sido disparado.

El *sheriff* hizo la comprobación.

—Todavía huele a pólvora, y el cilindro tiene tres huecos.

—Las balas correspondientes están en el cuerpo de Slim Carrigan.

El *sheriff* soltó una risita.

—Dean, te hiciste responsable de este hombre. Y ha hecho lo peor que podía nacer. Acaba de matar a Carrigan.

Jim Talbot hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No fui yo, *sheriff*.

—Claro que no —contestó el *sheriff* con sarcasmo—. Tú no hiciste nada, Talbot. No efectuaste el asalto. No has matado a Carrigan… Eres un angelito bajado del cielo. Se te nota la inocencia en la cara.

—El asesino me golpeó en la cabeza… Llegó a la casa sin que yo lo viese.

—Y luego disparó tu revólver contra Carrigan —terminó el *sheriff*.

—No, *sheriff* —le corrigió Talbot—. Disparó su revólver y lo cambió porel mío. Al parecer, utilizábamos armas iguales. El «Colt» 45 que es el que usa todo el mundo.

—Qué pena para ti, ¿verdad?

—¿Es que no me cree?

—No, no te creo.

—¿Y tú, Dean?

—Lo siento, Jim, hice por ti todo lo que pude. Recuérdalo, te saqué de la cárcel.

—Oh, sí, eso es algo que te debo agradecer. Pero ¿por qué iba a matar a Slim Carrigan…?

Dean guardó un silencio y fue el *sheriff* quien contestó.

—Yo te lo diré, Talbot. Mataste a tu cómplice. Slim te ayudó en el asalto.

—Vi a Slim por primera vez en esta habitación.

—Esa fábula no te va a servir.

—Espere jefe —intervino Dean—. Quizá Jim esté diciendo la verdad.

—Y un cuerno —exclamó Gorik—. Esta vez no podrá hacer nada por su amigo, Dean.

—A mí me parece su historia bastante verosímil. Alguien le pudo golpear. ¿Por qué no? Quizá el salteador sólo quería una cosa: Cargarle el asalto a Talbot.

Al *sheriff* convirtió los ojos en rendijas.

—Dean, ¿sabe lo que le digo? Que su actitud me está pareciendo sospechosa. Está poniendo demasiado interés en proteger a su amigo. Este revólver ha sido disparado tres veces. Ahí tiene a Slim Carrigan con tres agujeros. ¿Qué más hace falta para admitir que Jim Talbot es el hombre que necesitamos?

—Jefe, hubo un asalto en el Banco. Se llevaron de allí noventa mil dólares. Si, como usted dice, Jim Talbot y Carrigan cometieron el asalto, el dinero debe de estar aquí.

—Seguro que está —rezongó el *sheriff*.

—Búsquelo entonces… Yo vigilaré a Talbot.

—Está bien —aceptó el *sheriff*.

Gorik se dedicó a su trabajo de buscar el botín. Examinó los cajones de un armario, el contenido de una valija, pero sus esfuerzos resultaron infructuosos. Finalmente se acercó a la cama donde descansaba el cadáver. Levantó el colchón.

—Aquí hay dinero —dijo y sacó dos fajos de billetes.

—¿Cuánto hay? —preguntó Dean.

—Sólo mil quinientos dólares.

—Pueden ser los ahorros de Slim Carrigan.

—No me haga reír. Dean. Carrigan era tan pobre como las ratas. Debía a todo el mundo. Y aquí hay billetes demasiado nuevos. Bastará que los mostremos en el Banco para que el cajero nos diga que estos billetes estaban en su poder antes del asalto.

—Pero el botín era de noventa mil dólares.

—¿Y qué? Eso sólo significa que Jim Talbot nos dirá dónde está el resto.

Jim Talbot sentía hervir la sangre en sus venas. Todo aquello estaba preparado. Lo habían elegido como víctima. Y no le gustaba nada. Tal como se desarrollaban los acontecimientos le iba a quedar muy pocas posibilidades de escape.

El *sheriff* sonrió a Jim.

—Anda, Talbot, anímate. ¿Dónde guardaste los miles que faltan? Eso te podría servir.

—No me venga con historias, *sheriff*… Antes era un robo, pero ahora hay un asesinato por medio, y yo sé cuál es el premio. La horca.

—El jurado podría mostrarse benévolo. A veces un buen abogado hace milagros.

—No soy el ladrón, y tampoco el asesino.

—Levanta las manos, hijo. Te voy a registrar.

Jim levantó los brazos y el *sheriff* fue por detrás de él.

No le encontró nada en los bolsillos del pantalón. Pero sí en el interior de la chaqueta. Sacó un pequeño fajo de billetes.

—Eso no es mío —dijo Jim.

—¿Cómo sabes qué no?

—Llevo mi dinero en la cartera. Sólo tenía ochenta y cinco dólares.

—Ahí hay más.

—Quinientos —dijo el *sheriff*— y algunos billetes son nuevos, hermanitos de los que saqué del colchón.

Jim apretó los maxilares.

—¿Es que no se da cuenta, *sheriff*? Forma parte de la comedia. El asesino me dejó sin conocimiento para meterme ese dinero en el bolsillo.

El *sheriff* dio un suspiro.

—Deberías abandonar ya esa actitud, Talbot. No te conducirá nada bueno. Sólo hay algo que podrá alegarse en tu favor. Ya te lo he dicho. Si se recuperan los otros miles de dólares, conseguiré que los del Banco no sean demasiado exigentes. Quizá se conformen con una pena de diez a quince años.

—No hay nada que decir, *sheriff*.

Gorik miró a su ayudante.

—¿Es que no va a decir nada, Dean? Le veo muy callado.

Dean Lark se pasó la mano libre por la cara. Era un gesto de

cansancio. Como si se sintiese defraudado.

—Jim —dijo con voz ronca—. Soy humano y comprendo las debilidades de los demás… Tuviste un mal pensamiento y lo peor fue que lo llevaste a la práctica. Pero el *sheriff* tiene razón. Anda, muchacho, dinos dónde escondiste el botín.

—Lo siento, Dean, pero no tengo más remedio que insistir. No asalté el Banco, ni maté a Slim Carrigan.

—¿Sabes lo que significará eso para ti, Jim?

—La soga.

—Sí, Jim. Pero sólo tú vas a colocarte la cuerda, y eso me parece la cosa más absurda del mundo.

—A mí también —dijo Jim y le soltó un puñetazo en la mandíbula.

Pilló a Dean desprevenido.

El ayudante recibió el impacto en el maxilar y se derrumbó sobre el *sheriff*, a quien arrastró al suelo.

Jim saltó hacia el hueco y en un instante corrió hacia la puerta de la calle.

El *sheriff* estaba soltando maldiciones.

Dean disparó desde el suelo.

Pero no alcanzó a Jim porque éste ya había salido al porche.

Comprendió que era una temeridad huir por la calle y dobló por la esquina de la casa, hacia la parte trasera. Saltó una valla y siguió corriendo muy aprisa. No encontró a nadie en su camino.

Llegó a un callejón donde se ubicaba el establo de Joey Murr, y se coló por la puerta. El viejo Joey estaba en el fondo haciendo arabescos en una silla de montar.

Era un hombre de unos 50 años, de cara alargada y ojos muy pequeños.

—¿Qué te pasa, Jim?

—Nada, Joey. Sólo que el *sheriff* y su ayudante me quieren ahorcar.

Joey continuó haciendo su trabajo.

—De modo que hiciste algo malo.

—No, Joey, sólo me metí en un embrollo.

—Es tu especialidad. Y ya te dije que algún día te encontrarías atrapado en tu propia trampa.

—Sí, Joey, tus palabras cobran una gran actualidad porque es

justamente lo que me pasa.

—Te cazaron en un cepo, ¿eh?

—Sí, pero saldré de él. No me conviene estar hablando contigo, Joey.

—Vete a la habitación. Si viene alguien diré que no te vi.

—Gracias, Joey. Sabía que podía contar contigo.

Jim se fue a la habitación a la que Joey se había referido, donde se apilaban desordenadamente muebles que éste compraba a bajo precio. Era su afición, adquirir mesas, sillas, armarios con más de cien años de vida.

Jim fue a sentarse en una silla, pero vio que le faltaba una pata y eligió un sillón de la época colonial. Empezó a pensar en todo lo que le había pasado. Sí, era un condenado lío. De pronto oyó ruido de pasos y abrió la puerta.

Distinguió la voz de Dean Lark.

—¿Está seguro que no entró nadie por aquí, abuelo? —preguntaba a Joey.

—No, ayudante.

—Se trata de un peligroso asesino, por si no lo sabe… Su nombre es Jim Talbot y acaba de matar a Jim Carrigan… Antes robó en el Banco… Si lo ve por aquí, será mejor que nos avise.

—No se preocupe, autoridad. Siempre he cumplido con mi deber de ciudadano.

Dean Lark soltó un gruñido y se marchó.

Jim Talbot cerró la puerta y ocupó otra vez el sillón de estilo colonial. Dean compartía ya la opinión del *sheriff* respecto a su culpabilidad. Era él, Jim Talbot, quien había asaltado el Banco y el autor del asesinato de Slim Carrigan.

CAPÍTULO XI

—¿Por qué lo has dejado escapar? —preguntó Katty Lemon.

Dean Lark sonrió.

—Lo hice intencionadamente.

—No te comprendo.

—Es la mar de sencillo, nena. Cuando me eche a la cara a Jim, lo dejaré seco de un tiro. De esa forma, nunca podrá negar que es el hombre que buscamos.

—Tienes talento, Dean.

—Siempre lo tuve, nena, pero admito que hasta ahora no decidí explotarlo.

Katty pasó los brazos por el cuello de Dean.

El la estrechó contra sí. Sus bocas se unieron. Se apartaron bruscamente al oír un rugido a su espalda.

Frente a ellos estaba Burton Lemon, el esposo de Katty.

El alcalde tenía los ojos desorbitados.

—Katty —murmuró con un hilillo de voz.

La joven retrocedió dos pasos.

—¿Qué haces aquí, Burton?

—Se me ocurrió pasar a recogerte para acompañarte a casa y me alegro de haberlo hecho.

—¿Lo dices por el beso que estaba dando al ayudante? No le des más importancia de la que tiene… Sólo le daba las gracias porque me ayudó a arreglar este almacén.

—No seas cínica, Katty. Nunca olvidé que eras una mujer frívola pero no pensé que podrías llegar a esto.

—No te pongas ridículo, querido. Te sientan muy mal los celos. Deberías verte en un espejo.

—Y tú deberías ver cómo estoy por dentro.

—¿Qué te pasa, Burton?

—La sangre me quema las venas. Y tú eres el motivo.

—Está bien, Burton. Me sorprendiste besando a este hombre. Ya acabó todo y ahora, tranquilamente, nos iremos a casa. Tenemos pollo en salsa para cenar, y luego te llevaré tu vaso de leche caliente a la cama.

—¿Crees que pueden quedar así las cosas?

Dean Lark habló por primera vez desde la aparición de Burton:

—Señor Lemon, hay cosas que pasan porque uno se las ha buscado. Usted se casó con una linda mujer y es natural que los hombres se enamoren de ella.

—Usted es un canalla, ayudante.

—Cuidado, señor Lemon. Mi paciencia es muy pequeña.

Lemon hizo un movimiento rápido con la mano y sacó del bolsillo un «Derringer».

Dean Lark no esperaba aquello, porque creía que Burton no portaba armas.

—Guarde eso, alcalde.

—No, ayudante.

—¿Qué va a hacer?

—Los voy a matar a los dos.

—¿Está loco?

—Es posible que lo esté.

—Pues debe serenarse. Si dispara contra su mujer o contra mí, cometerá un asesinato.

—Eso no me importa nada.

—Debo recordarle que es el alcalde del pueblo y que está más obligado que nadie a cumplir la ley.

—Dice cosas muy ocurrentes, ayudante. Usted lleva en el pecho una insignia. ¿Ya lo olvidó?

Dean llevó aire a sus pulmones. Tenía que saltar sobre Lemon y desarmarlo. Aquel gordito podía apretar el gatillo en cualquier momento. Estaba demasiado lejos y tenía que acercarse para dar el salto con una probabilidad de éxito. Debía entretenerlo y acercarse poco a poco.

—Señor Lemon, entre su mujer y yo no ha habido nada. Quiero decir que sólo ha existido un coqueteo inocente.

—No le creo. Desde hace un par de días mi mujer se pasa más

tiempo aquí que en cualquier parte.
Katty contestó:
—Tenía trabajo atrasado.
—No abras más la boca, Katty —dijo Burton Lemon.
—No puedes matarme. Soy inocente.
—¡Calla te digo!
Dean Lark sentía que el sudor le empezaba a correr por la cara.
—Oiga, Burton, ¿a quién matará primero?
—A ella.
—¡No, Burton! —gritó Katty.
—Silencio, Katty.
Ella estaba cada vez más asustada. Fue a decir algo, pero recordó que su esposo le había dicho que callase. Y prefirió no decir nada por temor a precipitar su muerte.
Dean se había sentido aliviado. Aunque sólo fuese un poco. Se había movido en dirección a Burton. Ya estaba más cerca, y ahora sabía que la primera bala no sería para él. Claro que, Burton podía cambiar de opinión. Especialmente si el alcalde se daba cuenta de que él, Dean, iba a saltar de un momento a otro.
Burton movió el revólver.
Apuntó a su mujer.
Katty Lemon dio otro grito.
—¡No, Burton, no lo puedes hacer!
—Claro que puedo.
—Recuerda lo que he sido para ti.
—Ahora he comprendido muchas cosas. Estoy seguro de que no ha sido la primera vez.
—No, Burton, te juro que estás equivocado.
—Tenía sospechas de que me eras infiel, pero quería suponer que eran flirteos inocentes.
—Son tus celos.
—No, Katty. Me acabas de dar una prueba. Te he querido mucho y te sigo queriendo, pero no puedo apartar de mi cabeza esa escena que vi hace un rato. Tú abrazada a otro hombre… Y hay cosas peores, escenas que no se borrarían en mi cerebro nunca.
Arqueó el dedo en el gatillo.
—¡No, Burton! —gritó otra vez Katty.
En ese instante, Dean Lark saltó sobre Lemon.

El alcalde no llegó siquiera a disparar.

Dean le propinó un puñetazo en la cara.

Burton se derrumbó golpeando la cabeza contra el borde de una estufa. Quedó boca abajo, inmóvil en el suelo.

Katty creyó que se desmayaba y se apoyó en la pared.

—Cielos, creí que había llegado mi última hora.

—Todavía no, nena —repuso Dean.

—Hemos de escapar. Ya no podemos seguir en la ciudad.

Dean se agachó sobre el cuerpo de Burton. Le examinó el cuello y la nuca y luego alzó los ojos.

—Nos podremos quedar. Está muerto.

—¿Qué?

—Se desnucó al golpearse contra la estufa.

—Es horrible, Dean, ¿qué va a pasar ahora?

—Nada. No va a suceder nada.

—Pero tú lo acabas de decir. Burton está muerto.

Dean se puso en pie y se pellizcó el mentón, pensativo.

—Hay una solución —dijo.

—No, nena, nadie admitiría que es un suicidio. Lo único que ha pasado es que tu pobre marido ha sido víctima de Jim Talbot.

Katty y Dean se miraron durante un rato.

—Entiendo tu idea, Dean. Me parece buena, pero ¿y si Jim Talbot ha marchado del pueblo?

—Estoy seguro de que no ha salido. Conozco bien a Jim. Está aquí en Stanley City. Lo envolví demasiado en el lío para que pueda darse a la fuga. Él sabe que sería perseguido y quiere demostrar su inocencia.

—Entonces, ¿cómo vamos a arreglar las cosas?

—Se arreglarán solas. Quiero decir que bastará con que cace a Jim Talbot. Esconderemos el cadáver de tu marido hasta que Jim Talbot esté listo también para ocupar una fosa. Entonces habrá llegado el momento de representar un acto más de la comedia.

* * *

Jim Talbot oyó pasos junto a la puerta.

No tenía un revólver a mano.

Buscó algo con qué defenderse y vio la pata de una silla en el suelo. La alcanzó y se arrimó a la pared.

La puerta empezó a abrirse.

Jim levantó el brazo armado.

No podía ser Joey, porque si fuese el abuelo hubiese anunciado su llegada.

La habitación estaba en la penumbra, porque la única luz que llegaba por un ventanuco era la del sol muriente.

Jim fue a golpear con su improvisada arma la cabeza de la persona que entraba.

Pero se detuvo en la última fracción de segundo.

Su visitante era Mary Forbes.

La joven dio un grito y saltó, alejándose de Jim.

—Sólo me faltaba eso. Que me rompas el cráneo.

—Eso sería muy difícil. Siempre has tenido la cabeza muy dura —repuso Jim.

—Más dura la tienes tú. Debe ser de granito.

—¿Qué haces aquí? Y no me digas que viniste para elegir tu ajuar.

—No, Jim, no vine a eso.

—¿A qué, entonces?

—Joey me dijo que estabas aquí escondido. También me enteré que te buscan por ladrón y asesino. Le dije a Joey que tenía muchas ganas de ver a un loco.

—No soy ninguna de esas cosas que has dicho.

—Tengo mis dudas.

—¿Entonces por qué te llegaste aquí?

—Me refiero a lo de la chifladura.

—Si ya hiciste tus chistes, empieza a largarte, Mary.

—¿Es verdad que no asaltaste el Banco?

—No.

—¿Tampoco mataste?

—Tampoco.

—Así que te eligieron por primo.

—Sí, Mary, es eso.

La joven se echó a reír.

—¿Dónde está la gracia? —preguntó Jim.

—Tú, el hombre duro que sabe salir de todos los atolladeros, se encuentra de pronto en uno que lo va a conducir a la horca.

—La soga no es para mí.

—Te comprendo. Quieres colocarla en el pescuezo del asesino.

—Correcto.

—Pero tú eres el asesino para ellos.

—Oye, pequeña, ya sé lo que piensan ellos, pero no soy su tipo.

—¿Y qué vas a hacer? No te puedes mover de aquí. En cuanto salgas te meterán una bala en el alerón derecho o quizá en el izquierdo. Y con eso, habrás dejado de volar.

—Gracias por compararme a un pájaro.

—¿Qué eres tú sino eso? Un avechucho.

—Estoy esperando que se haga de noche. Entonces le ajustaré las cuentas a quien me ha hecho esta jugada.

—¿Y quién es el que te la ha hecho?

—Todavía no lo sé.

—Entonces, es como si no tuviese nada. No podrás ir de un lado a otro preguntando: «¿Asaltó usted el Banco y mató a Slim Carrigan?».

—Eres muy ingeniosa, Mary Forbes. Claro que no podré atrapar al asesino utilizando ese procedimiento.

—¿Qué otro se te ocurre, Jim?

—Ninguno, ya te lo he dicho. Ahora, lárgate.

—Estúpido, he venido a ofrecerte mi ayuda.

—¿Por qué?

—Si te ahorcan me quedaré sin los tres sementales.

—Te los podría ofrecer otro vendedor de reses.

—Tú has prometido traerme tres buenos ejemplares.

—Sí, es cierto, pero no me creíste.

—He pensado en la posibilidad de que una vez en tu vida hayas dicho la verdad.

Jim se rascó detrás de una oreja.

—Mary, eres una buena chica.

—¿Me pongo a llorar ahora?

—No. Inundarías la habitación con tus lágrimas y echarías a perder el mobiliario de Joey.

—Está bien. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Nada.

—¿Es que vas a ser ahora un maldito orgulloso?

—Oye, ricura, estoy metido en un buen jaleo y será mejor que permanezcas alejada de mí, hasta que las cosas se aclaren.

—¿Y si no puedes aclarar las cosas?

—Asistirás a mi ejecución.

—No me gusta nada la idea de que te cuelguen.

—A mí menos que a ti.

—Traje un caballo. Está ahí fuera. Tienes alimentos y agua para unos días. Anda, sal de una vez, monta en la silla y lárgate.

—No voy a hacer tal cosa.

—Podrás llegar hasta México.

—Ya sé que podría.

—¿Por qué no te vas entonces?

—Te lo diré, Mary Forbes. No quiero ser un fugitivo para el resto de mis días. No hice nada de lo que se me acusa.

—Pero no puedes probar tu inocencia y eso es lo importante.

—Sin embargo, voy a intentarlo.

—¿Cuál de los dos es más terco que una mula?

—Quizá yo.

—Ya estoy arrepentida de haber venido. No te mereces nada.

—Buena suerte.

La joven abrió la puerta para salir.

—De todas formas, estoy alojada en el hotel Regina, habitación siete. Si crees que te puedo ayudar, me encontrarás allí.

—Gracias.

La joven salió pegando un portazo.

Jim no pudo menos que sonreír.

* * *

El *sheriff* Gorik pegó un puñetazo en la mesa.

—¿Dónde se ha metido Talbot, ayudante?

Dean Lark estaba examinando su revólver. Lo quería tener a punto porque sabía que eso era importante. En cuanto Jim se le pusiese a tiro, tenía que tumbarlo a la primera. No podía fallar.

—Le repito que está en el pueblo.

—¿Cuántos nombres hay para impedir que escape?

—Conté veinte. Están bien distribuidos. Yo mismo me ocupé de ello, pero ya le digo que Jim no escapará.

—Está muy seguro.

—Me marcho, jefe.

—¿Adónde va?

—He de hacer algunas cosas por ahí.

—Iré con usted. Dean.

—Prefiero ir solo.

—¿Por qué?

—¿Es que no se fía de mí, *sheriff*?

—No, no me fío.

Dean sonrió con sarcasmo.

—Piensa que lo voy a ayudar a que escape.

—Muy bien, dio en el clavo. He supuesto eso. Usted ha confesado que son amigos.

—Sí, lo hemos sido.

—Le ayudó a salir de la celda.

—Oiga, *sheriff*. En aquel momento no podíamos demostrar nada Recuerde, no teníamos pruebas contra Talbot. Gracias a que salió de la cárcel, ahora estamos seguros de que asaltó el Banco.

—Pero ha matado a una persona.

—Mató a su cómplice, *sheriff*. Tampoco lo olvide. Eran tal para cual, dos indeseables, y ahora quiero explicarle por qué quiero ir solo. Jim Talbot esperará que yo le eche una mano. Es posible que me salga al paso y que trate de convencerme de que él es inocente. Hasta es posible que me ofrezca parte del botín, ya sabe… Es la razón por la que no quiero tener su compañía.

El *sheriff* quedó unos instantes inmóvil y, por fin, meneó la cabeza en sentido afirmativo.

—Está bien, Dean, puede marcharse.

—Gracias por su comprensión, *sheriff*.

Dean salió de la oficina.

La noche había caído sobre Stanley City.

Había muy poca gente por la calle: sólo algunos ciudadanos que se dirigían a sus casas o al *saloon* más próximo para tomar un trago. Algunos le saludaron.

Más abajo del *saloon* de Merche, la calle estaba solitaria.

Dean pensaba que quizá a Jim Talbot se le ocurriese salirle al paso, tal como había dicho al *sheriff*. Eso sería lo mejor para él. Por eso llevaba la diestra en la culata del revólver. Si Jim se cruzaba en su camino, sacaría como una centella y dispararía en la siguiente fracción de segundo. Su trabajo debía ser rápido y eficaz. No se cansaba de repetírselo una y otra vez.

Todo marcharía bien porque Jim Talbot cargaría también con la muerte del alcalde. Eso sería fácil y todo el mundo lo admitiría sin un asomo de duda.

Dejarían pasar unas semanas y se casaría con la hermosa Katty. Con ese montón de miles de dólares se podía hacer muchas cosas. Además, estaba la herencia del alcalde. Katty y él habían hablado de ella. El alcalde era dueño de unos cuantos acres de tierra y de un par de casas, y también tenía acciones de dos sociedades de Kansas City, dedicadas a la fabricación de maquinaria agrícola. Después de todo, Katty iba a ser una viuda con una buena dote. El futuro era de color de rosa. Ése iba a ser su premio. Había pasado su vida yendo de un lado a otro, siempre ganando unos cuantos dólares, pero ya había despertado. No se podía servir a la justicia a cambio de un plato de lentejas. La vida era algo importante que había de saborear porque sólo se vivía una vez.

De pronto, oyó pasos por el callejón cercano y se detuvo sacando el revólver. Estaba muy cerca de la esquina.

Se arrimó a la pared.

Los pasos se acercaban.

Apostó a que era Jim Talbot. Dispararía a quemarropa.

Puso el dedo en el gatillo.

La persona apareció en la esquina.

Pero Dean no disparó al reconocerla. Era aquella muchacha la ranchera que vivía en el Valle del Ahorcado, Mary Forbes. Se conocían de unos años atrás.

—Eh, Dean, ¿por qué me apuntas con ese revólver?

—¿Qué haces por aquí?

—Salí a dar una vuelta.

—Deberías estar en el hotel a estas horas.

—Estás buscando a Jim Talbot, ¿verdad?

Dean pensó muy aprisa. Jim y Mary Forbes estaban siempre a la gresca. Daba la impresión de que eran dos personas que no se entendían. Los había visto pelear alguna vez, pero ¿no quería decir eso que, en realidad, existía entre ambos un sentimiento que ninguno de ellos había descubierto todavía?

—Sí, Mary, buscó a Jim Talbot.

—¿Admites que él es un ladrón y un asesino?

—No, no lo creo, pero mi deber es encontrarlo.

—¿Para qué lo quieres?

—Para que me cuente la verdad.

—Supón que lo encuentras y que él te dice que no robó el Banco ni mató a Slim Carrigan.

—Le creería.

—¿Serviría eso de algo?

Dean sintió ganas de reír. Ya no tenía ninguna duda de que Mary Forbes sabía dónde estaba Jim Talbot. Seguro que venía de verlo.

—Si Jim Talbot no se ha convertido en un ladrón y asesino, debe tener confianza en mí. Mi plan consistiría en sacar lo del pueblo, alejarlo para que el *sheriff* y los demás no lo atrapen. Yo soy el ayudante del *sheriff* y tengo autoridad para seguir investigando. Quizá con un día o dos tuviese bastante para descubrir al verdadero culpable. Entonces quedaría demostrada la inocencia de Talbot.

Hubo un silencio. Dean se dio cuenta de que la joven estaba dudando, por eso martilleó en caliente.

—Yo podría hacer todo eso por Jim, Mary, pero lo peor es que no sé dónde está y que en cualquier momento lo pueden matar.

—No.

—Es lo más fácil. El *sheriff* ha dado orden de que lo capturen vivo o muerto, y hay veinte hombres dispuestos a cobrar la recompensa de cien dólares que se ha establecido.

—Yo sé dónde está Jim Talbot.

De buena gana, Dean se hubiese carcajeado al quedar confirmada su hipótesis. Pero estaba representando un papel y continuó su actuación.

—Está bien, Mary, ¿dónde está?

—Yo te acompañaré.

—No, Mary, iré yo solo. He de hacer un trato con Jim y no quiero testigos. Ten en cuenta que estoy violando la ley. Al fin y al cabo, Jim es algo más que un sospechoso para el *sheriff*. Es un culpable, debes comprenderlo.

—Sí, Dean. Lo encontrarás en el establo de Joey, en la habitación donde guarda su colección de muebles viejos, al fondo.

—¿Está Joey allí?

—No, cuando yo llegué, se marchó al *saloon* de Merche a beber un trago y todavía no ha regresado.

—Gracias, Mary. Ahora vete al hotel.

—Es una suerte para Jim que tú estés de ayudante en Stanley City.

—Sí, es una verdadera suerte para él.

—Ah, Dean, le llevé un caballo para que huyese.

—Así que quisiste prestarle ayuda antes que yo…

—Sí, Dean.

—Creí que odiabas a Jim.

—Yo también lo he pensado algunas veces, pero cuando me dijeron cuál era su situación, me di cuenta de que realmente no le odiaba, y de que alguien debía ayudarle. No pude admitir que Talbot fuese un asesino.

—Y o tampoco lo creo.

—¿Vendrás luego al hotel a contarme cómo han ido las cosas?

—Claro que sí, te lo prometo.

La joven sonrió.

—Estaré levantada esperando.

—Sí, Mary.

La joven se alejó y Dean vio cómo desaparecía calle abajo, hacia el hotel Regina.

Luego, Dean, sin devolver el revólver a la funda, echó a andar por el callejón, hacia el establo de Joey.

Todo había salido como había planeado.

Unos minutos más y después de matar a Jim Talbot, podría decir que su plan había salido perfecto.

CAPÍTULO XII

Dean Lark se metió en el establo de Joey.

No vio al viejo por ninguna parte y eso quería decir que continuaba en el *saloon*. Joey siempre decía lo mismo, que iba a beber un trago, pero, en realidad, se quedaba en el bar hasta haber bebido media docena de copas y luego regresaba cantando a su establo y se ponía a dormir a pierna suelta.

Pero eso le convenía a él.

Jim Talbot estaría solo en aquella habitación donde Joey guardaba sus antigüedades.

Se fue acercando sin hacer ruido, andando de puntillas.

Curvó el dedo en el gatillo.

Alargó la otra mano y la puso sobre el tirador, el cual empezó a girar poco a poco.

Abrió bruscamente y saltó dentro.

Quedó ligeramente en cuclillas, moviendo el revólver de un lado a otro, listo para disparar apenas viese a Talbot.

—Talbot —dijo—. Sé que estas aquí. Ríndete.

No le contestó nadie. A la habitación sólo llegaba la luz procedente de la lámpara que había fuera, en el establo.

Los extraños muebles que Joey había almacenado allí arrojaban extrañas sombras.

—Talbot —dijo otra vez—. He venido a ayudarte. No seas tonto y sal. Soy tu amigo, Dean.

Tampoco le llegó respuesta.

Se enderezó y echó a andar hacia el fondo.

Apartó una silla de un puntapié.

Se aproximó a un sillón de estilo colonial y, en el brazo lleno de polvo observó las huellas dejadas por una mano.

Se detuvo pensativo cuando llegó a la conclusión de que Jim Talbot había estado allí, pero ya se había marchado.

* * *

Jim Talbot se deslizaba junto a la pared cuando oyó una voz a su espalda:

—¡Alto o disparo!

Se detuvo rezongando:

—Cuidado, amigo.

Dos hombres avanzaron sobre él. Los dos tenían el arma en la mano.

Jim se echó el sombrero sobre la cara, pero de nada le valió.

—Es Jim Talbot —dijo uno de los hombres.

—Formidable. Hemos tenido más suerte que los otros, Fred. Ya nos hemos ganado cincuenta dólares por cabeza.

—Muchachos, ¿de qué hablan? —habló Jim por decir algo.

Los dos fulanos se detuvieron ante él. Uno era de pómulos salientes, y el otro de nariz ganchuda.

—El *sheriff* dio un premio por tu captura, Talbot, ¿no lo sabías?

—Sí, ya lo oí. Cien dólares. Yo os doy doscientos porque me dejéis en paz. Es un trato que os conviene.

El de la nariz ganchuda soltó un salivazo en la oscuridad.

—Doscientos dólares es poco para un salteador que se ha llevado muchos miles del Banco.

—Está bien, muchachos, haré un precio especial por tratarse de vosotros.

—¿Cuánto?

—Mil para cada uno.

—No, Talbot. Tampoco picamos.

—Decid vosotros la cifra.

—Queremos la mitad.

—Muy bien, tendréis los tres mil.

—No hagas chistes, sabemos que de los noventa mil que te llevaste te quedan ochenta y ocho.

—Siempre hay soplones.

—¿Dónde tienes escondido el botín?

—Cerca de aquí.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer, te acompañaremos al

escondite y nos darás diez mil dólares.

—Luego me dejaréis en libertad.

—Seguro, Talbot.

Jim no creyó a los dos fulanos. Eran un par de tipos de cuidado. Ellos creían a pies juntillas que era el salteador. Lo acompañarían hasta donde tenía el supuesto botín, para apoderarse de la totalidad de éste, pero luego le partirían la espina dorsal de un balazo. De eso no tenía ninguna duda.

—Está bien, muchachos. Creo que es un pacto que me conviene.

—Claro que sí, Talbot —asintió Nariz Ganchuda.

—Seguidme —dijo Jim.

Echó a andar por el fondo del callejón y los dos tipos fueron detrás.

Ya habían andado seis pasos cuando Jim se revolvió como una centella.

Sabía dónde estaba cada cual y saltó pegando un puntapié en el estómago del que tenía más cerca, que era Pómulos Salientes. Al mismo tiempo atrapó la mano de Nariz Ganchuda.

El sorpresivo ataque tuvo un éxito completo.

Pómulos Salientes lanzó un grito al recibir el patadón en el estómago y cayó hecho un ovillo.

Jim retorció la mano de su otro enemigo, el cual tuvo que soltar el revólver para evitar que le partiese el hueso.

Pómulos Salientes hizo un disparo, aunque enterró la bala en el suelo.

Jim Talbot soltó una maldición porque con aquel disparo, en un momento, tendría tras de sus talones una verdadera jauría.

Atrapó el revólver de Nariz Ganchuda, y, utilizándolo como maza, le golpeó entre los dos ojos dejándolo sin conocimiento.

Pómulos Salientes se revolvió en el suelo para disparar otra vez y ahora buscó el cuerpo de Jim para enterrarle la bala en la carne.

Jim Talbot puso en juego sus músculos.

De nuevo utilizó el revólver con el que golpeó a Pómulos Salientes en la oreja.

El segundo hombre que se quería aprovechar del botín soltó una especie de rebuzno y también se desplomó sin conocimiento.

A lo lejos, Jim oyó ruido de carreras. Venían de la calle principal.

El corrió también alejándose de aquel lugar.

Ahora tenía un arma y ésa era la única ventaja que había adquirido. Por lo demás, estaba en la misma situación que antes. Era un fugitivo y sus perseguidores no vacilarían en hacer fuego sobre él en cuanto le descubriesen. A partir de ese momento, nadie se atrevería a hacer trastos con, él acerca del hipotético botín.

Rodeó la casa a la que se dirigía, saltó la verja y avanzó por el jardín.

Probó en una ventana y luego en otra. Estaban cerradas.

Siguió avanzando y subió al porche.

Llamó a la puerta golpeando suavemente con el aldabón.

Abrieron la puerta.

Katty Lemon fue a lanzar un grito, pero Jim le cubrió la boca con la mano mientras se deslizaba al interior de la casa.

Cerró la puerta tras de sí y preguntó:

—¿Dónde está su marido?

La joven miró hacia arriba.

—No grite, señora Lemon.

Katty movió la cabeza en sentido negativo. Entonces Jim le quitó la mano de la boca.

—He venido a hablar con usted, señora Lemon.

Katty se había sentido turbada al ver a Jim con un revólver en la mano. Por un momento pensó que lo había descubierto todo, pero ahora se dijo que había sido una estúpida.

—¿Qué quiere, señor Talbot?

—Usted sabe más de lo que ha dicho.

—No le comprendo —contestó Katty, estremeciéndose de nuevo.

—El cloroformo salió de su almacén… Estuve hablando con Slim Carrigan antes de que lo asesinasen. Y entérese de una cosa, señora Lemon. Slim Carrigan era inocente, no sabía nada del asalto.

—Quizá le engañó.

—No, señora Lemon. No me pudo engañar. Además, lo que paso después demostró su inocencia. El salteador entró en la casa, me dejó sin conocimiento y mató a Slim.

—No le puedo ayudar.

—Es lo que usted dice. No se hace cargo de las circunstancias, señora Lemon Me están dando caza y en cuanto tenga un descuido, me pueden enviar al infierno. Es un sitio en el que no me gustaría

estar. Hace demasiado calor.

—Entonces huya de la ciudad.

—No, señora Lemon, quiero aclarar este asunto y usted va a decirme la verdad.

—No me sacará nada.

—Apuesto a qué sí, señora Lemon.

—¿Me va a amenazar?

—Si no me queda más remedio…

—Usted no se atreverá a hacer daño a una mujer.

—No lo asegure.

—Es usted muy poco caballeroso.

—No puedo serlo cuando está en juego mi vida, de modo que me va a disculpar.

Jim atrapó el brazo de Katty y la hizo girar bruscamente.

—¡Cuidado, me va a fracturar el brazo!

—Sí, eso podría ocurrir, señora Lemon.

—No sé nada.

—Conteste: ¿quién fue el salteador?

A Katty se le ocurrió una idea, la mejor de todas.

—Fue mi marido.

—¿Quién ha dicho?

—Mi esposo él fue quien robó en el Banco, quien utilizó el cloroformo. Se lo quise quitar de la cabeza, pero no pude.

Jim le dejó libre.

—Lléveme hasta donde está su marido.

—Tendremos que salir de casa.

—Su marido está aquí.

—Vamos, señora Lemon, tenga un poco de formalidad.

—Le juro que no está aquí. Fue para asegurar el botín, quería cambiarlo de sitio.

—¿Dónde lo esconde?

—En el almacén del club.

—Le aconsejo que no me engañe, señora Lemon.

Katty volvió a sentir aquel escalofrío por la espalda, iba a llevar a Talbot al almacén, pero tendría que arreglárselas para acabar con él. Existía otra solución, que Dean Lark sorprendiese a Talbot. ¿No había dicho Jim que lo estaban persiguiendo? De todas formas, era un riesgo que tenía que correr.

—Está bien, señora Lemon, vendrá conmigo al almacén donde está su marido.

—Prefiero quedarme. Vaya usted solo.

—No puedo, señora Lemon. Le he dicho que va a venir conmigo.

—Como quiera.

El propio Jim abrió la puerta.

—No trate de gritar o de echar a correr, señora Lemon.

—No se preocupe, no me apartaré de su lado y guardaré silencio.

—Así está bien.

* * *

Mary Forbes se acercó al grupo de hombres que estaban delante del *saloon* de Merche.

Oyó la voz de Dean:

—Ya lo saben, muchachos. Tiren a matar.

Mary se detuvo, como si una mano gigante la hubiera atrapado por el cuello.

—Ese tipo es un hueso, señor Lark —dijo un hombre—. ¿Por qué no le dice al *sheriff* que suba la recompensa?

—De acuerdo, la elevo por mi cuenta.

—¿A cuánto?

—Trescientos dólares para el que me presente a Jim Talbot muerto, y no digo vivo porque Jim no se va a dejar atrapar, como ustedes han comprobado.

—Sí, señor Lark.

—Ya lo saben, tengan la pistola en la mano y, si se lo echan a la cara, disparen primero y pregunten después.

—Descuide, señor Lark. Así lo haremos.

Los hombres se diseminaron dejando solo a Lark. Fue entonces cuando Mary recuperó el movimiento, acercándose al ayudante.

—Dean, ¿qué es lo que ha pasado?

—Ah, hola, Mary, ¿por qué no estás en el hotel?

—Oí unos disparos y salí.

—Fue Jim Talbot. Dejó a dos hombres sin conocimiento y le quitó el revólver a uno de ellos.

—Pero tú sabes que Jim no es un asesino.

—Mary, yo estaba de acuerdo contigo, pero ahora todo ha

quedado claro.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que Jim es el salteador del Banco y también asesinó a Slim Carrigan.

—No, Dean, Eso es imposible.

—Llevo muchos años representando a la ley, y si yo digo que Jim es culpable, debes creerme, Mary.

—¿Por qué has cambiado de opinión? Cuando me separé de ti ibas a hablar con Jim.

Dean se dijo que una mentira más en aquella farsa no importaba.

—Y hablé con él, Mary.

—No me irás a convencer que te confesó que era culpable.

—Lo creas o no, fue lo que me dijo. Claro que no hizo una confesión gratuita. Me quiso sobornar.

—¿Qué?

—Me ofreció cinco mil dólares del botín para que le dejase la vía libre.

—Oh, no, Dean.

—Sí. Mary. Eso fue lo que me dijo. —Dean bajó la cabeza mirándose la punta de las botas—. Me he llevado muchos desengaños en mi vida, pero éste ha sido el peor. Siempre supe que Jim era un tipo trapacero, pero jamás imaginé que llegase a ser un asesino.

—Es increíble.

Dean miró a la joven y le puso una mano en el hombro.

—Es el golpe más fuerte que he recibido en mi vida. Quizá sepas que Jim y yo hemos trabajado juntos en algunos asuntos. El me echó una mano alguna vez, cuando lo necesité, y yo le pagué con la misma moneda.

—¿Qué pasó cuando te ofreció el dinero?

—Le dije que se entregase, que me conocía bien y que yo no podía aceptar un soborno. Que haría todo lo posible para que no lo ahorcasen por la muerte de Carrigan. Lo peor es que Jim me engañó, me dijo que estaba de acuerdo, que se entregaría, pero sólo lo hizo para que yo guardase el revólver. Entonces me atacó tumbándome de un puñetazo y escapó de la habitación.

La joven se mordió el labio inferior.

—Dices que estás desengañado, pero yo lo estoy más que tú… De pronto me había dado cuenta de que sentía por él algo.

—Estás enamorada, ¿eh?

—Es posible.

—No te avergüences el decirlo.

—Pues sí, y lo peor es que me he dado cuenta de que siempre le quise. Por eso peleábamos tanto.

Dean sonrió benévolamente. Las estaba acertando todas. Tal como había supuesto, Mary quería a Jim y también estaba convencido de que él la correspondía con la misma clase de sentimientos.

—Mary, siento lo que pasa…

—Sí, Dean.

—Al fin y al cabo, entre tú y él no ha existido nada.

—No, eso es cierto.

—Le olvidarás.

—No creo que sea fácil.

—Ya verás como lo es. Después de todo, él no merece una muchacha tan buena como tú. Encontrarás al hombre que realmente te hará feliz. Ahora vas a obedecerme, Jim tiene un revólver y sé que se defenderá a tiros. No me gustaría que encontrases una bala en tu camino. Vuelve a tu habitación del hotel y trata de dormir.

—Sí, creo que será lo mejor.

—Cuando todo haya terminado, iré a verte.

—¿Es necesario que lo matéis?

—¿Qué se puede hacer con un perro rabioso?

—No digas eso de Jim. Por favor, no lo digas.

—Perdona, pero ¿qué otra cosa puedo decir? Jim se ve acorralado y quiere defenderse a tiro limpio. Está como loco. Te lo digo yo, que le he visto y he hablado con él.

—Entiendo.

—Anda, vete ya.

La joven sacudió la cabeza en sentido afirmativo, dio media vuelta y se alejó de Dean por la acera.

Dean Lark sonrió para sus adentros. Hasta ahora había salido airoso de las pruebas que se le habían presentado en aquel maldito asunto, pero Jim continuaba vivo y él, Dean, no podría cantar victoria hasta que su amigo estuviese muerto.

¿Dónde diablos se habría metido Jim Talbot? Estaría dispuesto a dar más de trescientos dólares por ser él quien le metiese la bala que acabase con su vida.

Aquellos muchachos podrían ser torpes y dejar a Jim solo malherido.

Se puso en lugar de Talbot. ¿Adónde iría?

De pronto encontró la respuesta. ¿Y si hubiese ido a casa de Katty? ¿No era ella la presidenta del Club de Damas Filantrópicas, de donde había desaparecido el cloroformo? Slim Carrigan, el hombre que ya estaba muerto, ¿no trabajaba para Katty?

Cuando tuvo la respuesta, echó a andar rápidamente hacia la casa de Katty.

Subió al porche y golpeó en la puerta con el aldabón.

Esperó un minuto. Del interior no le llegó ningún ruido.

No, era imposible que Katty Lemon durmiese sabiendo que se estaba jugando en aquellos momentos su futuro.

Abrió la puerta con la llave de que lo había provisto Katty y pasó al interior. Debía tener cuidado, Jim podía estar en cualquier sitio, esperándole.

—Katty…

No oyó nada.

Pasó a la primera habitación y luego a la otra.

Cuando acabó de registrar la casa, se detuvo otra vez en el vestíbulo.

¿Dónde podía estar Katty sino con Jim Talbot? ¿Y adonde podían haber ido juntos?…

CAPÍTULO XIII

Katty pensó que Jim Talbot le precedería al entrar en el almacén.

Pero se equivocó. Éste la hizo entrar primero.

—Encienda la lámpara, señora Lemon.

Katty sabía dónde estaban los fósforos y la lámpara, pero no le convenía decirlo.

—Encienda usted un fósforo.

Oyó cómo Jim se buscaba la caja de fósforos.

Pero Katty conocía bien el almacén y podría haber andado a ciegas por él. Estaba junto a un anaquel, donde había unas enormes tijeras que servían para cortar las cuerdas de los paquetes.

Acertó a encontrar las tijeras al primer intento.

Se revolvió para clavar el puntiagudo acero en el cuerpo de Jim, pero en ese momento él encendió el fósforo.

Vio la mano armada de Katty, las tijeras que iban camino de su carne, y saltó a un lado dejando caer el fósforo en el suelo.

Las puntas rozaron su costado.

Katty lanzó una maldición al fallar su ataque. Luego ya no tuvo oportunidad de intentarlo por segunda vez. Jim la atrapó por el brazo armado y le dio un sacudón.

Los dientes de Katty se entrechocaron y hasta su cerebro se conmovió. Creyó que se iba a ahogar porque Jim la apretaba por el cuello, dejándola sin respiración.

—Suelte las tijeras, señora Lemon.

Katty abrió la mano y éstas cayeron al suelo.

—Creí que era una dama —dijo él aflojando la presión de su brazo.

—Y lo soy.

—Iba a matarme.

—Usted es un asesino.

—De modo que me iba a traspasar como una mariposa y yo soy el criminal…

—Sólo cumplía un acto de justicia.

—Ahora va a ser usted la que encienda el fósforo, señora Lemon, y quiero que lo haga sin titubear, ¿me ha entendido?

Jim soltó a la joven y ella fue derecha ahora donde estaban los fósforos y la lámpara. Encendió ésta.

—No veo por aquí a su esposo, y cuando armamos el jaleo debió acudir.

—Quizá se fue ya.

—Y es posible también que usted me engañase.

—¿Qué tiene de particular que una mujer como yo engañe a un malvado como usted?

—Está haciendo demasiado teatro, señora Lemon.

Jim cogió la lámpara y se acercó a la puerta que había junto a la joven.

La abrió con la mano libre. A la luz de la lámpara vio el cuerpo que yacía en el suelo. Era el alcalde de Stanley City, Burton Lemon.

—Resulta que no me engañó, señora Lemon. Su marido está aquí.

—¿Cómo?

—Asómese y lo verá.

Katty se acercó al hueco de la puerta y lanzó una exclamación al ver a Burton en el suelo.

—Dios mío, está muerto.

—Ande, entre.

La joven entró.

—Se ha suicidado, eso es lo que ha hecho. ¿Por qué hizo eso después de asaltar el Banco?

—No creo que él lo asaltase.

—¿Qué dice?

Jim puso la lámpara sobre la mesa y se agachó sobre el cadáver de Burton.

—Lo que suponía, señora Lemon.

—¿Qué suponía?

—Que su marido no se suicidó. Lo desnucaron.

—Pudo resbalar y golpearse con algo, ¿no le parece?

—Ha perdido la poca convicción que le quedaba, señora Lemon. Me pudo engañar antes, pero ya agotó su repertorio para mí. Usted sabía perfectamente que su marido estaba muerto. Por eso me trajo aquí.

—Bastardo, ¿va a decir que yo lo maté?

—No.

—¿Quién entonces?

—Su cómplice. El hombre que asaltó el Banco.

—¿Qué historia se le ha ocurrido?

—Una que tiene probabilidades de ser la verdadera. He empezado a pensar en que usted tuviese un amante, señora Lemon.

—Maldito, ¿cómo se atreve a decir eso?

—Es una mujer con muchos encantos y tenía un marido con el que seguramente usted no estaba conforme. La vi de lejos algunas veces, señora Lemon. Llegó a coquetear hasta conmigo, ya sabe, con la mirada.

—Es usted un hijo de perra.

—No le valen los insultos, señora Lemon. Ya he dado con la clave de este rompecabezas y cada pieza ocupa su sitio.

Una voz dijo:

—Bravo, Jim Talbot.

Jim volvió la cabeza hacia la puerta y vio en el hueco a Dean Lark, que tenía un revólver en la diestra.

—Mátalo, Dean —dijo Katty.

Los dos amigos se miraron fijamente.

—Anda. Dean, aprieta el gatillo y termina tu obra. Con eso llegarás al fondo del pozo.

—Déjate de frases dramáticas.

—Siempre fuiste un hombre duro, pero justo, y ahora te revolcaste en el cieno. Fue por ella, ¿verdad? Te enamoraste de la señora Lemon.

—Sí.

—Pudiste tenerla sin necesidad de mancharte las manos de sangre, ni robar. Al fin y al cabo, no creo que la señora Lemon se distinga por su honestidad.

Katty se abalanzó sobre Jim para arañarle la cara.

En lugar de huir, Jim fue a su encuentro, y en la misma fracción de segundo tiró del revólver.

Todo sucedió muy aprisa.

Se oyeron dos estampidos casi simultáneos.

Katty se tambaleó golpeando la espalda contra el pecho de Talbot. Había sido alcanzada en el vientre.

Al mismo tiempo. Dean retrocedió contra la pared. Una bala le había alcanzado en el centro del pecho.

Se puso a toser y abrió la mano dejando caer el revólver al suelo.

Katty fue a derrumbarse hacia delante, pero Jim la pudo sostener contra sí.

Dean se deslizó lentamente, quedando sentado en el suelo. Se miró el pecho e hizo una mueca de dolor.

—Jim, has acabado conmigo.

Talbot dejó a Katty en el sillón de estiló colonial.

La joven tenía las manos en el vientre.

—No quiero morir… Jim, llame a un médico, por favor, llámelo.

Se oyeron carreras fuera de la habitación y por el hueco apareció el *sheriff* seguido de dos hombres:

Jim había bajado la pistola apuntando al suelo.

—*Sheriff* —dijo—. Aquí tiene al culpable que buscaba.

El *sheriff* frunció el entrecejo y después de dirigir una mirada a su alrededor, clavó los ojos en Dean.

El ayudante movió la cabeza débilmente.

—Sí, jefe, fui yo. Aposté demasiado fuerte y perdí. Tenía miedo que esto ocurriese.

—¡Un doctor! —gimió Katy Lemon—. Por favor, un doctor…

—Tony, —dijo el *sheriff*—. Trae en seguida al doctor Paterson.

El llamado Tony echó a correr.

El de la placa preguntó:

—¿Dónde está el botín, Dean?

—En la silla de mi caballo.

Jim dejó caer el revólver en tierra y salió a paso lento de la habitación.

Necesitaba llevar a sus pulmones una ración de aire fresco.

En la puerta del almacén se encontró con Mary Forbes.

—¡Jim! —dijo la joven y se echó en sus brazos.

Talbot la estrechó contra sí y la besó en el cabello.

Luego le tomó la barbilla y le levantó la cara.

—Yo no podía creer que tú fueras el asesino Jim.

—Ya te lo dije, Mary, la soga no era para mí.

Jim besó los rojos labios de Mary.

De pronto, ella se separó y dijo:

—Eh, Jim, ¿qué estamos haciendo?

—Lo corriente en estos casos. Un novio siempre puede besar a la novia antes de que se conviertan en marido y mujer.

Entonces, Mary Forbes echó los brazos al cuello de Jim Talbot y unió otra vez su boca a la de él.

FIN